



Número 250
Mayo 2024

HERMANOS DEL EVANGELIO

No hay nadie como Ella



Francisco Lecaros

Severas consigo mismas, bondadosas con los demás

Estad muy atentas a las pequeñas cosas, a los pequeños defectos; no hagáis nunca las paces con ellos, y pidámosle a Dios que atormente nuestro corazón, es decir, que nos haga sentir en vivo el remordimiento por nuestras pequeñas caídas.

Esforcémonos de verdad para obrar en lo cotidiano como nos gustaría hacerlo al borde de la muerte. Pensemos que llegará el día en que tendremos que presentarnos ante Dios para la última rendición de cuentas... Allí estaremos solas, sin nadie que pueda defendernos y tendremos que dar cuenta de todo, hasta de la más mínima transgresión de nuestros deberes. Sin embargo, no debemos desanimarnos, no, porque sería una soberbia aún mayor; sino más bien arrojarnos en los brazos de Jesús y prometerle que velaremos por nosotras mismas para enmendarnos. [...]

Ánimo, hermanas, porque trabajamos para un Patrón riquísimo, que nos ha prometido el ciento por uno.

El tiempo pasa rápido y si no deseamos encontrarnos con las manos vacías al borde de la muerte, hemos de profundizar pronto en la virtud verdadera y sólida; las palabras no nos llevan al Paraíso, sino más bien los hechos. [...]

Para hacernos santas, hermanas mías, hay que ser muy severas con nosotras mismas y muy bondadosas con los demás; si no, nunca lo alcanzaremos.

MACCONO, SDB, Ferdinando.
Máximas de Santa María Mazzarello. 3.^a ed. São Paulo: Filhas de Maria Auxiliadora, 2014, pp. 100-104.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 250, Mayo 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

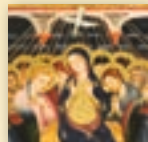
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

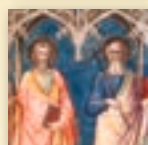
SUMARIO

Escriben los lectores 4

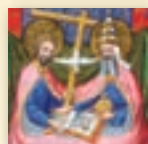
¿Quién como la Esposa
del Espíritu Santo? (Editorial) 5



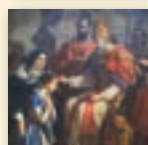
La voz de los Papas –
Correspondencia generosa
al Espíritu Santo 6



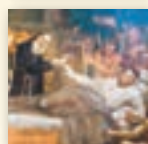
Comentario al Evangelio –
La verdadera unión 8



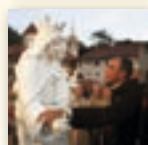
El divino Espíritu Santo –
Amor del Padre y del Hijo 14



El sacramento de la
Confirmación – ¡Una
Iglesia de soldados! 18



¿Un pecado sin perdón?
..... 20



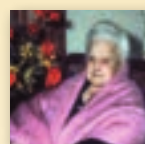
Más que auxiliadora: ¡una
verdadera amiga!
..... 24



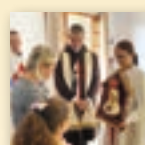
«¡Salvadme, Reina!»
..... 28



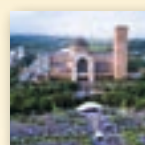
San Gregorio VII – El Papa
que venció al mundo 32



Bondadosa protección en
cualquier necesidad 36



Heraldos en el mundo 40



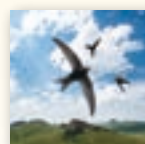
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
Cuando el Espíritu Santo
actúa... 46



Los santos de
cada día 48



Madre mía, ¡hazme volar!
..... 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

UNA VERDADERA CLASE DE HISTORIA

Me gustaría felicitar a los Heraldos por el excelente contenido de los artículos publicados en su revista.

La edición de enero —que trata sobre la obra *Revolución y Contra-Revolución*, de autoría del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira— es una verdadera clase de Historia. Clase que desearía haber tenido en mis tiempos de escolar.

Mis felicitaciones a todos los que colaboran en la revista *Heraldos del Evangelio*. Realmente me siento muy privilegiado de tener una iglesia de los Heraldos tan cerca de mí y de mi familia.

Que Dios bendiga este carisma.

¡Muchas, muchas gracias!

Michele Alves da Silva
Ubatuba – Brasil

EL DR. PLINIO, UNA FUENTE DE INSPIRACIÓN

Estimados editores de la revista *Heraldos del Evangelio*.

Me gustaría expresar mi profundo agradecimiento por el inspirador contenido sobre *Revolución y Contra-Revolución*, en la edición de enero, especialmente por el enfoque del ilustre Dr. Plinio. Su vida y obra han sido para mí fuente de inspiración y me he comprometido a dedicar este año 2024 a un estudio más profundo de su trayectoria.

Agradezco a la Providencia por llevarme a conocer más sobre este magnífico autor y su contribución a la comprensión de la fe y la historia.

Atentamente.

Lucivan Freitas
Fortaleza – Brasil

EN LA OBRA DE MONS. JOÃO ESTÁ EL REINO DE MARÍA

Actualmente vive un varón católico que por 40 años amó, admiró y luchó con Plinio Correa de Oliveira; la Divina Providencia lo dotó de dones y virtudes necesarios para ser el fundador de una obra que ya materializa el Reino de María sobre la tierra: Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos de Evangelio.

Desde hace veintiocho años acompaño el desarrollo de los Heraldos del Evangelio. Sin embargo, nada como visitar la casa principal de su fundación, las basílicas, casas y capillas en donde se vive en función del amor a Dios, que palpita en el corazón de Mons. João, un gran santo que es canal de la mayores gracias de Dios para el mundo.

Lanzo una invitación para todas las personas de buena fe que quieren amar y servir a Dios: vayan a estos lugares, porque lo que allí existe hablará a sus almas, sin necesidad de ninguna explicación.

Mención especial merecen la convivencia y las relaciones con las personas que forman parte de lo que se configura como una orden de caballería al servicio de Dios y de la Iglesia; en el trato cotidiano con ellos inmediatamente viene a la mente el mandato de Nuestro Señor Jesucristo: «Amaos unos a otros como yo os he amado» (cf. Jn 13, 34).

Jaime Dousdebés Veintimilla
Quito – Ecuador

«QUÉ BUENO ES APRENDER MÁS SOBRE EL REINO DE LOS CIELOS»

Qué bueno es aprender cada vez más sobre el Reino de los Cielos —como al leer el artículo *Santa Inés y el Reino de los Cielos*, transcripción de una homilía de

San Gregorio Magno— de alguien que no modifica lo que fue dicho en la Palabra del Señor, desde su origen.

Nos hace elevarnos hacia lo alto, porque nuestro interior absorbe con facilidad todo lo que es pronunciado, escrito, y nos da el deseo de ser mejores cada vez más, de unirnos a Cristo y de ayudar a nuestros hermanos a elevarse también.

¡Salve Cristo Rey!

Edwirges Januário da Silva Cunha
Vía revista.arautos.org

CONTENIDO INSPIRADOR E INFORMATIVO

¡Qué maravilloso descubrimiento! Este artículo, *Santa Juliana Falconieri – Santa y amorosa apresurada*, es una joya de conocimiento, con un enfoque profundo y atractivo.

Felicitaciones por la calidad excepcional del contenido, que es inspirador e informativo.

Sigan subiendo el listón con su brillante trabajo.

Rodrigo Rogério Silva
Vía revista.arautos.org

ENFOQUE PERSPICAZ E INFORMACIONES VALIOSAS, LECTURA ENVOLVENTE

Estoy impresionado con la profundidad del artículo *¿Somos inútiles?*, de la sección de *Historia para niños... ¿o adultos llenos de fe?*

Enfoque perspicaz e informaciones valiosas hacen que la lectura sea envolvente. Felicitaciones por la calidad excepcional del contenido presentado.

Este artículo es una verdadera fuente de inspiración y conocimiento.

Richard Franco
Vía revista.arautos.org

¿QUIÉN COMO LA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO?

Muchos teólogos se centraron en la figura de la Virgen, otros en la del Espíritu Santo. Sin embargo, sobre sus esponsales con el Paráclito, muy pocos se han aventurado a estudiarlo... En efecto, se trata de un misterio inalcanzable para la parva inteligencia humana, pero, con la inspiración del Consolador y de su Esposa, buscaremos esbozar algunos de sus elementos.

El pecado original sobrevino por la primitiva pareja. Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. I-II, q. 81, a. 5) dilucida que la mancha de esta transgresión sólo se transmitió a la posteridad porque Adán siguió a su mujer, Eva, en la falta. Aunque también sucedería lo mismo si sólo Adán hubiera incurrido en el pecado, el hecho es que éste consistió en una culpa *conyugal* —palabra que etimológicamente significa *con el mismo yugo*—, a raíz de la cual ellos y sus descendientes empezaron a llevar un como que «yugo del pecado».

Ahora bien, para reparar esta ofensa y aliviar esta «carga» fue necesario establecer una nueva alianza esponsalicia. Así, desde su Inmaculada Concepción, María fue predestinada a unirse al Paráclito. Y los años que precedieron a la Encarnación constituyeron el impoluto «noviazgo» de ese purísimo desposorio de la Virgen de las vírgenes con el Espíritu de castidad. En la Anunciación, la «llena de gracia» (Lc 1, 28) se unió al Autor de la gracia, la Madre inocente con la Inocencia... El Cielo, en fin, bajó a la tierra. Tan excelsa fue esta unión que engendró al propio Hijo de Dios.

La fecundidad de este sagrado enlace engendra también otros hijos para el Padre, que son reconducidos a Él —*reditus*, en lenguaje teológico. En efecto, cual nueva Rebeca (cf. Gén 27), María encamina a sus hijos, los nuevos «Jacob», ya no hacia Isaac, sino al Padre eterno y, al mismo tiempo, aplasta a la serpiente y a su descendencia inicua, los «Esaú».

Durante su etapa terrena, la Santísima Virgen se asoció cada vez más al Paráclito, de tal manera que, en palabras de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, Ella se volvió «como un solo espíritu con su divino Esposo». Sus gestos, su mirada, sus palabras se unieron en un vínculo indisoluble con la tercera Persona de la Santísima Trinidad, haciendo de Ella, por así decirlo, el rostro visible del Consolador para los hombres. Después de la Asunción, los lazos matrimoniales de María con el Espíritu Santo se sublimaron, engendrando aún más hijos. Ahora bien, sabemos que el sacramento del Matrimonio pretende ser colateralmente —como comenta el Concilio de Trento— un remedio para la concupiscencia, lo que no se aplica, obviamente, a la Madre Purísima. De donde se concluye que su santísimo connubio tuvo como objetivo *remediar* —redimir, por tanto— los pecados de la humanidad.

No se puede negar que Nuestra Señora es Corredentora, ya que su consorcio con el divino Espíritu engendró al Redentor. Tampoco se puede dudar de que Ella es Mediadora de todas las gracias, pues por su intermedio tuvo lugar la mayor efusión de gracias: Pentecostés. Además, con María el Paráclito forjó a los mártires, inspiró a los doctores, sostuvo a las vírgenes, consolidó a la Iglesia y a sus elegidos a lo largo de los siglos.

De ello se deduce que por intercesión de la Santísima Virgen el Consolador suscitará también a los apóstoles de los últimos tiempos profetizados por San Luis María Grignon de Montfort. Y así, a la manera de un nuevo «Pentecostés», gracias inéditas rebozarán de la plenitud del Inmaculado Corazón de María al Cuerpo Místico de Cristo y al mundo, preludio del Reino de Nuestra Señora, es decir, del Reino del Espíritu Santo. ✧



*María Auxiliadora -
Casa de los
Heraldos del
Evangelio, Quito*

Foto: Juan Carlos Villagómez



Correspondencia generosa al Espíritu Santo

Con razón, afirma San Bernardo: «Al venir a Ella el Espíritu Santo, la colmó de gracia para sí misma; al inundarla de nuevo el mismo Espíritu, Ella se hizo superabundante y rebosante de gracia también para nosotros».

María es Madre de la Iglesia no sólo porque es Madre de Jesucristo y su más íntima compañera en la «nueva economía, al tomar de Ella la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado»,¹ sino también porque «resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos». ² En efecto, así como toda madre humana no puede limitar su misión a la generación de un nuevo hombre, sino que debe extenderla a las funciones de alimentación y de educación de la prole, así se comporta la Bienaventurada Virgen María.

Cooperadora en el desarrollo de la vida divina en las almas

Después de haber participado en el sacrificio redentor del Hijo, y ello en modo tan íntimo que mereció ser proclamada por Él Madre no sólo del discípulo Juan, sino —permítansenos afirmarlo— del género humano representado de alguna manera por él. Ahora, desde el Cielo, Ella continúa cumpliendo su maternal misión de cooperadora en el nacimiento y desarrollo de la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos.

Es ésta una muy consoladora verdad, que por libre beneplácito de Dios sapientísimo forma parte integrante del misterio de la salvación humana: por lo tanto, ha de mantenerse como de fe por todos los cristianos. [...]

Correspondencia perfecta y ejemplar a la gracia

Conviene, además, tener presente que la eminente santidad de María no

La eminente santidad de María fue fruto de la continua correspondencia de su libre voluntad a las mociones interiores del Espíritu Santo

fue tan sólo un don singular de la liberalidad divina: fue también el fruto de la continua y generosa correspondencia de su libre voluntad a las mociones interiores del Espíritu Santo. Y en razón de la perfecta armonía entre la gracia divina y la actividad de su natu-

raleza humana es como la Virgen dio suma gloria a la Santísima Trinidad y se ha convertido en gloria insigne de la Iglesia, como ésta la saluda en la sagrada liturgia: «Tú eres la gloria de Jerusalén; tú, la alegría de Israel; tú, el honor de nuestro pueblo».

Admiremos, pues, en las páginas del Evangelio, los testimonios de tan sublime armonía. María, luego que por la voz del ángel Gabriel fue asegurada de que Dios la elegía para Madre inmaculada de su Unigénito, sin dudarle un momento dio su propio consentimiento a una obra que habría de empeñar todas las energías de su frágil naturaleza: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

Desde ese momento se consagró enteramente al servicio no ya sólo del Padre celestial y del Verbo Encarnado, hecho Hijo suyo, sino también al de todo el género humano, habiendo comprendido bien que Jesús, además de salvar a su pueblo de la esclavitud del pecado, sería el Rey de un Reino mesiánico, universal e imperecedero (cf. Mt 1, 21; Lc 1, 33). [...]

Alabanza e imitación de sus excelsas virtudes

Ahora bien, ante tanto esplendor de virtudes, el primer deber de cuan-

tos reconocen en la Madre de Dios el modelo de la Iglesia es el de unirse a Ella en dar gracias al Todopoderoso por haber obrado en María cosas grandes para beneficio de toda la humanidad.

Pero esto no basta. Igualmente es un deber de todos los fieles tributar a la fidelísima Esclava del Señor un culto de alabanza, gratitud y amor, porque, conforme a la sabia y dulce disposición divina, su libre consentimiento y su generosa cooperación en los planes de Dios han tenido, y todavía tienen, una gran influencia en el cumplimiento de la salvación humana. [...]

Sin embargo, ni la gracia del divino Redentor, ni la poderosa intercesión de su Madre y nuestra Madre espiritual, ni su excelsa santidad podrían conducirnos al puerto de la salvación, si a ellas no correspondiera nuestra perseverante voluntad de honrar a Jesucristo y a la Virgen Santa con la devota imitación de sus sublimes virtudes. Por consiguiente, es deber de todos los cristianos imitar con ánimo reverente los ejemplos de bondad que les ha dejado su Madre celestial. [...]

Vértice del Antiguo Testamento, aurora del Nuevo

Si contemplamos ahora a la humilde Virgen de Nazaret en la aureola de sus prerrogativas y de sus virtudes, la veremos brillar ante nuestra mirada como la nueva Eva, la excelsa Hija de Sion, el vértice del Antiguo Testamento y la aurora del Nuevo, en la que se realizó la «plenitud del tiempo» (Gál 4, 4), predestinada por Dios Padre para el envío de su Hijo unigénito al mundo.

En verdad, la Virgen María, más que todos los patriarcas y profetas, más que el «justo y piadoso» Simeón, ha esperado e implorado «el consuelo de Israel, [...] el Mesías del Señor» (Lc 2, 25-26), y luego con el cántico del magnificat ha saludado su adve-

nimiento, cuando Él descendió a su castísimo seno, para asumir nuestra carne.

Receptáculo rebosante de gracia

Es por ello por lo que la Iglesia señala en María el ejemplo del modo



«Pentecostés» - Museo Diocesano de Urgel (España)

Su libre y generosa cooperación en los planes de Dios ha tenido, y todavía tiene, una gran influencia en el cumplimiento de la salvación humana

más digno de recibir en nuestro espíritu el Verbo de Dios, conforme a la luminosa sentencia de San Agustín: «María fue, por lo tanto, más feliz al recibir la fe en Cristo que al concebir la carne de Cristo. De suerte que la consanguinidad materna de nada le habría servido a María, si Ella no se hubiera sentido más afortunada por acoger a Cristo en su corazón que en su seno». [...]

Lo que debe estimular aún más a los fieles a seguir los ejemplos de la Virgen Santísima es el hecho de que el propio Jesús, al dárnosla por Madre, tácitamente la ha señalado como modelo a seguir; pues es natural que los hijos tengan los mismos sentimientos que sus madres y reflejen sus méritos y virtudes.

Por tanto, como cada uno de nosotros puede repetir con San Pablo: «El Hijo de Dios me ha amado y se ha entregado a sí mismo por mí» (Gál 2, 20; cf. Ef 5, 2), así con toda confianza puede creer que el divino Salvador le ha dejado, también a él, a su Madre en herencia espiritual, con todos los tesoros de gracia y de virtud, con que la había colmado, a fin de que los derramara sobre nosotros con el influjo de su poderosa intercesión y nuestra voluntariosa imitación.

Con toda razón, pues, afirma San Bernardo: «Al venir a Ella el Espíritu Santo, la colmó de gracia para sí misma; al inundarla de nuevo el mismo Espíritu, Ella se hizo superabundante y rebosante de gracia también para nosotros». ✧

Fragmentos de:
SAN PABLO VI.
Signum magnum, 13/5/1967.

¹ CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 55.

² Ídem, n.º 65.



Santos Felipe y Santiago el Menor, de Spinello Aretino -
Basilica de Santo Domingo, Arezzo (Italia)

Sailko (CC by 3.0)

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a Tomás: ⁶ «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. ⁷ Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto».

⁸ Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta».

⁹ Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros,

¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”?

¹⁰ ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras. ¹¹ Creedme: yo estoy en el Padre y el Pa-

dre en mí. Si no, creed a las obras. ¹² En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre. ¹³ Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴ Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré» (Jn 14, 6-14).

La verdadera unión

La unión de las tres Personas divinas en la Trinidad supera cualquier expectativa de la mente humana. Sin embargo, ésta es la meta hacia la cual tienden nuestros corazones en su deseo de felicidad eterna.



✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – MAGNÍFICOS PILARES DE LA IGLESIA

La fiesta de los santos Felipe y Santiago el Menor nos recuerda la gloria de los Apóstoles de Cristo, por Él elegidos, formados y, finalmente, santificados el día de Pentecostés. En ella conmemoramos a dos pilares de la Iglesia, de particular fulgor.

San Felipe es citado cuatro veces en el Evangelio de San Juan. Gracias al Discípulo Amado sabemos que el apóstol procedía de Betsaida, la ciudad de los hermanos Simón y Andrés. Fue invitado por Jesús a seguirlo (cf. Jn 1, 43) y, lleno de entusiasmo, le comunicó a Natanael que había encontrado al Mesías anunciado en las Escrituras (cf. Jn 1, 45-46). En el episodio de la multiplicación de los panes, el divino Maestro le pregunta dónde podrían encontrar pan para saciar a la multitud (cf. Jn 6, 57). Más adelante, algunos prosélitos griegos se acercan a él pidiéndole ver a Jesús (cf. Jn 12, 20-22) y, por fin, tenemos el diálogo fielmente plasmado en el Evangelio de esta fiesta.

Tras la Resurrección del Señor, Felipe fue a predicar a la ciudad de Hierápolis, en la región de Anatolia, donde en tiempos recientes se encontraron evidencias arqueológicas de su tumba. Allí fue martirizado, conquistando así con su sangre, probablemente derramada en la cruz, la corona inmarcesible de la victoria.

Santiago el Menor, hijo de Alfeo, considerado por venerable tradición pariente de Nuestro Señor y semeiante físicamente a Él, fue obispo de Jeru-

salén, ciudad donde también alcanzó la gloria del martirio, siguiendo las huellas de la divina Víctima.

Estos Apóstoles del Cordero son cimientos y puertas de la Jerusalén celestial, como los presenta el Apocalipsis (cf. Ap 21, 14), y brillan en el firmamento de la Iglesia como astros de grandeza impar. Fueron íntegros en sus obras y, movidos por el fuego del Espíritu Santo, proclamaron con valentía y audacia el Nombre que está sobre todo nombre, hasta el extremo de entregar sus vidas por Cristo. Que sirvan ellos de ejemplo a los cristianos de nuestro tiempo, tantas veces adormecidos o anestesiados en su fe.

II – LA UNIÓN MÁS ÍNTIMA

Cuando hablamos de unión en el ámbito humano pensamos en un vínculo, generalmente de naturaleza moral o afectiva, que liga a dos personas en una comunión de ideales o sentimientos. Sin embargo, por muy fuerte que sea, tal unión está sujeta a desgastes y amenazada por el riesgo de una posible disolución. El nexa más sólido entre las almas es el de la amistad, que consiste en hacer el bien al prójimo de forma desinteresada, siendo correspondido por él del mismo modo. La amistad así concebida se basa en la virtud adquirida y goza de cierta estabilidad, mientras dicha virtud perdura; si ésta llega a faltar, la concordia se deshace.

*Cuando
hablamos
de unión en
el ámbito
humano
pensamos en
un vínculo
que liga a dos
personas en
una comunión
de ideales o
sentimientos*

Elevándonos al plano de la Santísima Trinidad, la palabra unión adquiere para nosotros un nuevo significado: son tres Personas diferentes que comparten un mismo Ser

Así pues, para el hombre la unión es algo un tanto extrínseco a su propio ser y con una nota de precariedad, aunque pueda establecer incluso una relación más o menos duradera con los demás. Esto también se aplica al matrimonio, cuya esencia consiste en que dos constituyan como una unidad, aunque siempre permanezcan dos seres distintos, que hasta podrán tener destinos eternos muy contrastantes.

Elevándonos al plano de la Santísima Trinidad, la palabra unión adquiere para nosotros un nuevo significado, ya que no hay en la creación nada igual ni siquiera semejante. Son tres Personas diferentes que comparten un mismo Ser. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se distinguen por la relación entre ellos; no obstante, cada uno se identifica plenamente con el Ser de Dios.

Estamos ante una unión en el sentido más estricto de la palabra, inconcebible para la mente humana, y que conocemos gracias a la Revelación. No se trata de un vínculo que liga a seres distintos, sino una unidad total, íntima e ilimitada.

Pues bien, con un lenguaje elevado y accesible el Evangelio de la fiesta de los santos Felipe y Santiago viene a ilustrarnos acerca de esta verdad, que constituye el centro de nuestra fe: la existencia de un Dios uno y trino, tres Personas que son uno solo. Ésta es la vida íntima de la divinidad, la comunión de felicidad, gozo y santidad infinitos de la que participaremos si, a ruegos de nuestra buenísima Madre, María Santísima, alcanzamos la salvación.

San Juan nos muestra también las consecuencias beneficiosas que para la humanidad resultaron de la Encarnación del Hijo, de la que él mismo es el gran cantor. De hecho, el prólogo de su Evangelio afirma la existencia del Verbo en el seno del Padre y su entrada en el tiempo, para habitar entre nosotros, haciéndose hombre en el seno purísimo de Santa María siempre Virgen.



La Santísima Trinidad - Colegiata de Santa María, Gandía (España)

He aquí otro misterio supremo de nuestra fe que, entre muchas dádivas, nos trae la de que Jesucristo hombre sea icono perfecto del Padre e intercesor infalible ante Él.

Estas verdades de fe, aunque nos impresionen por su elevación, deben despertar en nosotros el gozo de la esperanza. La vida íntima de la divinidad, revelada por Nuestro Señor, no es un concepto etéreo inalcanzable para nosotros. Al contrario, somos invitados por Él a participar

de su alegría insuperable por toda la eternidad, como proclama el Apocalipsis: «Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero» (19, 9).

Dios y hombre verdadero

En aquel tiempo, dijo Jesús a Tomás: ⁶ «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí».

Con estas palabras el Señor declara ser, al mismo tiempo, mediador perfecto y término final de la mediación.

En efecto, como hombre, Él es el camino para que lleguemos al Padre y tengamos acceso a la gloria. Por eso, en su vida terrena Jesús invitaba a sus discípulos a seguir sus pasos, renunciando a sí mismos y cargando con su propia cruz. Además, por su humanidad santísima recibimos auxilios superabundantes para recorrer el camino de la salvación de forma eximia, especialmente por la gracia distribuida en los sacramentos, instituidos en virtud de los méritos infinitos de su Pasión.

Por su divinidad, Jesús es también la meta que se ha de alcanzar: la verdad y la vida. Nuestro premio será obtener la gracia de la unión con Él, y en Él con el Padre, por toda la eternidad: «Yo en ellos, y tú [Padre] en mí, para que sean completamente uno» (Jn 17, 23).

El Hijo es la verdad, es decir, el conocimiento perfecto de Dios, como afirma San Pablo: «Re-

flejo de su gloria, impronta de su ser» (Heb 1, 3); y es la vida, es decir, la fuente de toda gracia y toda gloria distribuida en la tierra y en el Cielo a los hombres, haciéndolos bienaventurados: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1, 4). Debemos tender a Jesús como nuestra recompensa y nuestro consuelo infinitamente grandes.

La imagen del Dios invisible

⁷ «Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto».

En su formulación, este pasaje contiene un atisbo de misterio. Sabemos que ver la esencia de Dios, tal como Él es, constituye el premio que nos está reservado en el Cielo, júbilo y exultación sin límites. Algunos santos, como Santo Tomás de Aquino,¹ creen que es posible participar de una chispa de esta gracia, de forma pasajera, aún en la tierra. Sin embargo, la visión estable y opaca solamente se logrará en la eternidad.

Entonces, ¿a qué alude el divino Maestro cuando afirma que los discípulos, habiéndolo conocido, ya conocieron y vieron al Padre? ¿Podría ser una mención de la visión beatífica? No parece probable. Posiblemente se refiere a ciertos esplendores de la divinidad que, mediante la gracia, los suyos pudieron admirar en distintas ocasiones.

El punto auge de esta teofanía se dio en la Transfiguración, pero sólo tres apóstoles presenciaron tal episodio. Es cierto, por tanto, que en algunos momentos de convivencia con Jesús sus seguidores más cercanos vieron con los ojos del corazón determinados destellos de su naturaleza divina, intensos y evidentes, lo que los llevó a alcanzar el vértice de la virtud de la fe. Debíó haberles quedado claro que Él era «imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), de suerte que todos los Apóstoles, incluidos Felipe y Santiago, pudieran afirmar con San Juan en el prólogo de su Evangelio: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1, 14).

En este sentido, quien veía al Hijo con mirada interior pura era elevado por una acción sobrenatural a las alturas de la Trinidad, y de algún modo, dada la igualdad de las Personas divinas, al conocer al Verbo conocía también al Padre y al Espíritu Santo.

La divina reprensión

⁸ Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta».

Felipe, sin embargo, parece que no entendió el significado de las palabras del Maestro, sin duda porque no había fijado en su alma las impresiones sobrenaturales dejadas por las gracias actuales concedidas en convivencia con el Hijo. Esta superficialidad de espíritu, tan propia de los hombres doblegados bajo el peso del pecado original, fue la gran enemiga de la evangelización llevada a cabo por Jesús. Tuvo que enviar al Espíritu Santo para recordarles a sus discípulos lo que habían visto y oído, «desempolvando» de su memoria estos sacrosantos recuerdos y devolviéndoles todo su brillo.

⁹ Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”?».

Nuestro Señor reprende amorosamente al discípulo por la petición inoportuna y poco delicada, la cual parece contradecir la enseñanza que Él acababa de formular.

Quien veía al Hijo con mirada interior pura era elevado por una acción sobrenatural a las alturas de la Trinidad, y así conocía también al Padre y al Espíritu Santo



«La Transfiguración», de Duccio di Buoninsegna - Galería Nacional, Londres

Reproducción

*Los discípulos
realizarán
obras más
grandes que
el Maestro
porque Él
va al Padre
y, sentado a
la diestra de
la Majestad
divina en
el Cielo,
demostrará
por las manos
de los suyos
un poder aún
superior*

Expresando de manera discreta su disgusto por la infidelidad de los suyos, el divino Maestro los acusa de no haber valorado la convivencia con Él, dejando caer a la vera del camino tantas iluminaciones y comunicaciones divinas.

El hombre que no valora la acción divina en su alma termina pareciéndose a un pájaro sin alas, siempre frustrado por el hecho de no poder emprender el vuelo. Acostumbrémonos, pues, a tratar con veneración, respeto y afecto las mociones de la gracia que el Espíritu Santo nos concede. Necesitamos recordarlas, ser agradecidos por haberlas recibido y, en función de ellas, crecer cada vez más en el amor a Dios.

De lo contrario, en el día de nuestro juicio esas dádivas celestiales pesarán contra nosotros como talentos que no dieron lucro y seremos reprobados por nuestra mala gestión. No hay don más precioso, amigable y espléndido que el de la gracia; hagamos de él nuestro único tesoro.

El misterio de la verdadera unión

¹⁰ «¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras».

Retomando el comentario introductorio, debemos decir que cualquier unión que exista



San Felipe hace un milagro, de Spinello Aretino -
Basilica de Santo Domingo, Arezzo (Italia)

entre los hombres, e incluso entre los ángeles, es sólo una pálida figura, bastante imperfecta, de la verdadera unión entre las Personas de la Trinidad.

Para los discípulos, esto era una novedad. Si el Señor no la hubiera revelado, ningún hombre podría haber alcanzado tan elevada realidad. «El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras», lo que equivaldría a decir: «Él está en mí y yo estoy en Él por completo, de forma ontológica y no figurada ni simbólica».

Ésta es la verdadera unión, de la cual participaremos de algún modo cuando estemos en el Cielo y Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15, 28).

La evidencia de los milagros

¹¹ «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras».

El divino Maestro hace un llamamiento a la evidencia de las obras. Si los resplandores divinos no habían sido cuidadosamente conservados por los Apóstoles, dejándolos ciegos ante el fulgor de la divinidad, al menos los signos grandiosos que habían presenciado con frecuencia inusitada deberían haberles dado la certeza de la permanencia del Padre en el Hijo.

En efecto, ningún profeta en la tradición multisecular de Israel había realizado las hazañas de Nuestro Señor, ya sea en número o en calidad. Las cataratas más caudalosas dan una pálida idea de los prodigios inéditos que salieron de sus manos dadivosas. Ninguna enfermedad, ni siquiera la muerte, resistía a la fuerza de su benevolencia invencible. «Si [sus obras] se escribieran una por una, pienso que ni el mundo entero podría contener los libros que habría que escribir» (Jn 21, 25), bien lo sintetizó el Discípulo Amado.

Obras aún mayores

¹² «En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre».

Este versículo encierra una promesa admirable: los que tengan fe obtendrán la gracia de hacer obras aún mayores que las del Señor mismo. ¿Significa esto que el Maestro será superado? No. Sus discípulos realizarán obras más grandes porque Él va al Padre, es decir, porque, victorioso y sentado a la diestra de la Majestad divina en el

Cielo, Jesús demostrará por las manos de los suyos un poder aún superior.

Y bien se puede suponer que Él manifestará una fuerza siempre creciente a medida que la consumación de los tiempos se acerque.

El arma de la oración

¹³ «Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴ Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré».

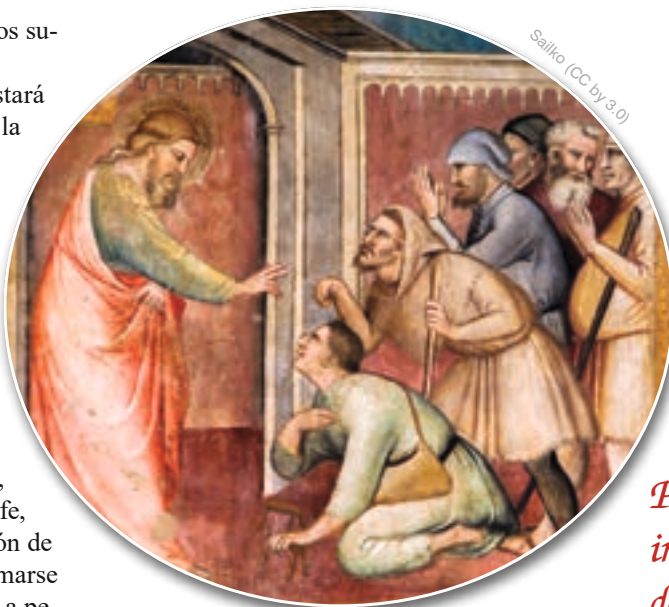
Para que esta potencia divina se manifieste cada vez más, mediante la realización de nuevas maravillas y prodigios, es necesario usar el arma de la oración. La fe, aumentada por la certeza de la Resurrección de Cristo y de su glorificación, debe transformarse en santa audacia, que lleve a los discípulos a pedir con osadía y plena confianza gracias difíciles e incluso imposibles, que glorifiquen de manera extraordinaria a nuestro Buen Dios. Así, el Padre será glorificado en el Hijo que, usando a sus fieles como instrumentos, hará portentos cada vez mayores.

Aplicando esta enseñanza a nuestro tiempo, hemos de compenetrarnos del deber de implorar con tenacidad y constancia el triunfo del Inmaculado Corazón de María sobre las fuerzas de las tinieblas, que amenazan con arruinar completamente a la Iglesia y al mundo. Con nuestras oraciones le daremos al divino Vencedor la oportunidad de atender a la petición formulada en el padrenuestro: «Venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo».

Ésta será la más *éclatante*, imponente y rutilante réplica de la Santísima Trinidad contra sus enemigos, en la conturbada y gloriosa historia de los hombres.

III – ESTAMOS LLAMADOS A PARTICIPAR EN ESA UNIÓN

En este tiempo pascual exultamos por habernos sido revelado el secreto del gran Rey, es decir, la vida íntima de la Santísima Trinidad. El hecho de que las Personas divinas —espirituales, diáfanos y santas— permanezcan unas en otras, compartiendo en plenitud el mismo ser de Dios, nos habla de la unión perfecta, insuperable y gloriosa con la que sueña nuestro corazón, incluso sin tenerlo explícito.



Santiago bendice a los mendicantes, de Spinello Aretino - Basílica de Santo Domingo, Arezzo (Italia)

Sí, porque el hombre está llamado a esa unión y creado para participar en ella. ¿Por ventura las ilusiones románticas no son una forma espuria de dar rienda suelta a ese sentimiento superior, que lo impulsa a buscar a alguien con quien unirse por completo? Y si las idealizaciones pueriles y superficiales del sentimentalismo no constituyen más que un craso error, ¿estaría en el alma humana por mera casualidad el anhelo interior de unión absoluta con quien sería capaz de hacerlo feliz? No. Así como existe un deseo natural de Dios, del que se han ocupado ilustres teólogos, también se encuentra en el corazón del hombre una inclinación fortísima y dominante a la completa unión con la Santísima Trinidad, unión que constituye la felicidad sin mancha que tanto anhela.

Esta unión fue alcanzada de manera eximia e insuperable por María Santísima, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Paráclito. Elevemos a Ella nuestra mirada confiada y pidamos, por intercesión de los santos Felipe y Santiago, la gracia de rezar, trabajar y luchar en esta vida con el alma llena de fe, a fin de alcanzar en el Cielo la más perfecta unión posible con aquel que nos creó para sí y quiere ser uno con nosotros, superando nuestras mejores expectativas. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *De veritate*, q. 13, a. 1-5.

Pidamos, por intercesión de los santos Felipe y Santiago, la gracia de rezar, trabajar y luchar en esta vida con el alma llena de fe, a fin de alcanzar en el Cielo la unión con aquel que nos creó para sí

Amor del Padre y del Hijo

Alma y corazón de la Iglesia, Señor y dador de vida,
Dulce Huésped del alma desde el Bautismo, el divino
Paráclito nos orienta continuamente en nuestro
camino por este valle de lágrimas.

✠ **Guilherme Henrique Maia**



Thiago Tamura

¿Cómo abarcar lo infinito?
¿Cómo abordar un tema que
ni siquiera las más elevadas
inteligencias son capaces de
escudriñar sin la ayuda de la fe? De
hecho, la mente y el lenguaje humanos
son insuficientes para explicar y com-
prender la relación entre el Padre, el
Hijo y el Espíritu Santo.

Sin embargo, osemos fijar nuestra
atención más específicamente en aquel
que habita en nosotros desde el momen-
to de nuestro bautismo, está constante-
mente orientándonos con sus divinas
mociones y constituye el encanto de
muchos teólogos a lo largo de la historia
de la Iglesia: el divino Santo Espíritu.

En palabras de Benedicto XVI,¹ es
gracias a Él que los fieles pueden, en
cierto modo, conocer la intimidad de
Dios mismo, descubriendo que la Tri-
nidad Beatísima no es soledad infinita,
sino comunión de luz y de amor, vida
entregada y recibida en un diálogo
eterno entre el Padre y el Hijo, en el Es-
píritu Santo, Amante, Amado y Amor.

Ciclo de amor inagotable

No sería conveniente adentrarnos
en el asunto sin antes considerar al-
gunos supuestos teológicos que nos
ayudarán a entender una temática tan
elevada. Claro está que las exposicio-

nes sobre el misterio trinitario casi
siempre se basan en analogías, pues,
como ya hemos dicho, el vocabula-
rio humano no cuenta con términos
que expliquen satisfactoriamente al
Todopoderoso. Como bien expresó
San Agustín,² si a Él lo comprendié-
ramos perfectamente, no sería Dios.

Con el objetivo de dilucidar la
convivencia existente entre las tres
Personas de la Santísima Trinidad, la
teología empezó a emplear el término
griego *perijóresis*, que significa, lite-
ralmente, *movimiento rotatorio*, tra-
ducido al latín como *circuminsessio*.

¿Por qué los teólogos adopta-
ron ese término? Según palabras de
San Juan Evangelista, «Dios es amor»
(1 Jn 4, 8). Y por esta razón no es una

sola Persona, sino tres. De hecho, na-
die posee verdadera caridad si sólo se
ama a sí mismo. Ahora bien, siendo
el amor en Dios infinito y supremo,
una criatura nunca podría ser recep-
táculo de tal bondad. Además, era
necesario que Dios amara a alguien
de igual dignidad y supremacía, que
únicamente podría ser una Persona
divina.³ De ahí resulta que entre el
ser divino y su trinidad de Personas
se dé una verdadera *perijóresis*, en el
sentido original del término: un ciclo
de amor inagotable.⁴

Eterna y sagrada convivencia

Extraemos de una de las obras de
Mons. João Scognamiglio Clá Dias,
EP, una hermosa y accesible explica-
ción de esta relación entre el Padre, el
Hijo y el Espíritu Santo.

«La Encarnación del Verbo reveló
a los hombres un misterio reservado
para la plenitud de los tiempos: la exis-
tencia de tres Personas en la unidad
divina. [...] Tan sublime realidad tras-
ciende los criterios humanos, y sólo es
iluminada por la fe: la única esencia
de Dios es el Padre, que eternamente
engendra al Hijo en el conocimiento
perfecto y pleno de sí mismo; y de la
relación amorosa entre ambos hace
proceder al Espíritu Santo. [...]

*«Dios es amor», y
por esta razón no es
una sola Persona,
sino tres; de hecho,
nadie posee verdadera
caridad si sólo se
ama a sí mismo*

»Por el hecho de engendrar, solamente a la primera Persona le corresponde el título de Padre; por el hecho de ser engendrado, solamente la segunda Persona merece tener por nombre Hijo o Verbo; por el hecho de proceder de ambos, la tercera Persona se llama Espíritu Santo, encerrando este circuito misterioso, radiante de luz y de gloria que es la Trinidad. ¡Ninguna otra diferencia distingue a los tres que son uno! [...]

»El Padre es el principio de toda la deidad, según la expresión de San Agustín. Ahora bien, plenamente capaz de conocerse, sería “infeliz”, por así decir, si no se explicitase por completo a sí mismo, pues no hay perfecta felicidad cuando la naturaleza no realiza aquello que le es propio.

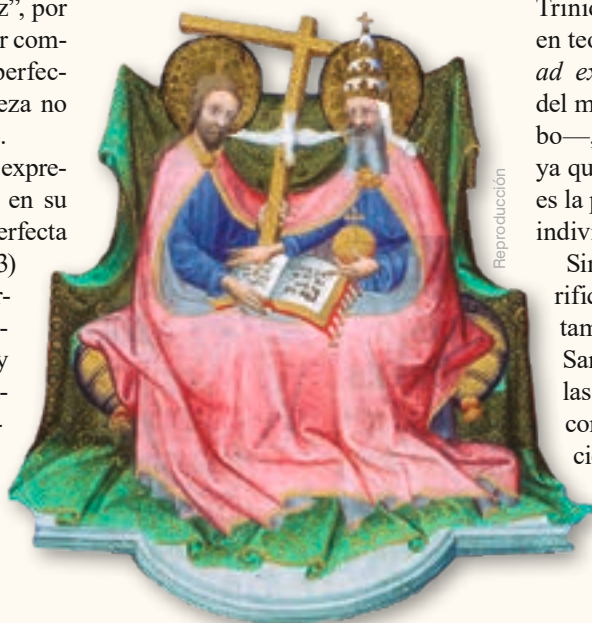
»Conociéndose, el Padre se expresa completamente a sí mismo en su eterno Verbo, el cual es tan perfecta imagen del Padre (cf. Heb 1, 3) que se equivocaría quien afirmara que constituyen dos inconmensurables, dos increados y dos omnipotentes. Por el contrario, los dos son uno solo inconmensurable, uno solo increado y uno solo omnipotente, conforme nos enseña la antigua y poética profesión de fe atribuida a San Atanasio. [...]

»En cuanto al Hijo, Santo Tomás lo define como “emanación del entendimiento” del Padre. Una vez que en Dios el ser y el entender son idénticos a la esencia divina, del acto de inteligencia del Padre es engendrada la segunda Persona, la cual tiene como propios los títulos de Hijo y de Verbo. Por esta razón, en la primera manifestación pública de la Trinidad a los hombres, durante el bautismo de Jesús en el Jordán, así como en lo alto del monte de la Transfiguración, el Padre quiso manifestarse por la voz, para indicar que ahí estaba su Palabra, su Verbo, en quien Él había puesto toda su complacencia.

»El Espíritu Santo, a su vez, procede de la relación amorosa que se establece de inmediato entre el Padre y el Hijo. Así como el Padre conoce plenamente al Hijo y el Hijo conoce plenamente al Padre, y ambos son el Bien substancial, ambos se aman, y de esa relación pura, sublime y afectuosa procede el Espíritu Santo, que es el Amor personal».⁵

Unidad en la trinidad

En resumen, en la Trinidad hay una sola naturaleza divina, que constituye la unidad de Dios. No obstante, cada



«La Santísima Trinidad», iluminación del breviario de Louis de Guyenne - Biblioteca Municipal de Châteauroux (Francia). En la página anterior, representación del Espíritu Santo - Iglesia de Nuestra Señora de la Gloria do Outeiro, Río de Janeiro

Como el Padre y el Hijo se conocen plenamente, ambos se aman y de esa sublime relación procede el Espíritu Santo, que es el Amor personal

una de las Personas se distingue de las otras según las misteriosas operaciones que tienen lugar en la vida íntima de Dios y las relaciones opuestas que de estas operaciones se derivan: el Padre engendra al Hijo, el Hijo es engendrado por el Padre, y el Espíritu Santo procede de ambos. Esta doctrina fue proclamada solemnemente en el Concilio de Florencia, en el famoso aforismo «*omniaque sunt unum, ubi non obviat relationsis oppositio*».⁶

Así, aunque es posible distinguir las Personas divinas, el magisterio de la Iglesia enseña que, cuando la Trinidad obra externamente —lo que en teología se denomina operaciones *ad extra*, como fueron la creación del mundo y la Encarnación del Verbo—, las tres Personas actúan juntas, ya que la fuente de todas estas obras es la propia naturaleza divina, que es indivisible.⁷

Sin embargo, Dios quiere que glorifiquemos no sólo su unidad, sino también su trinidad. Por ello, la Santa Iglesia atribuye a cada una de las Personas obras que, aun siendo comunes a las tres, tienen una relación especial o afinidad íntima con el lugar que cada una ocupa en la Trinidad, es decir, con las propiedades que le son peculiares y exclusivas. De ahí que, por ejemplo, al ser el Padre ingénito, principio sin principio, le atribuyamos la creación del mundo.

Hechas estas consideraciones sobre la vida trinitaria, podemos volver al tema principal de nuestro artículo, el Paráclito.

Espíritu Santo, Don y Amor

De acuerdo con las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino,⁸ los nombres propios de la tercera Persona de la Trinidad, derivados de sus operaciones en la vida íntima de Dios, son: Espíritu Santo, Don y Amor. Analicemos cada uno de ellos, a partir de los comentarios del P. Antonio Royo Marín, OP.⁹

Considerando las palabras *Espíritu Santo* por separado, son aplicables a las tres Personas, pues las tres son *espíritu* y *santas*. No obstante, unidas, forman el nombre que se aplica sólo a la tercera Persona, que procede de las otras dos por una común *espiración de amor* infinitamente *santa*. Por esta misma razón, el Paráclito es también nuestro santificador.

El término *Don*, en su sentido esencial, designa todo lo que es dado gratuitamente por Dios a las criaturas racionales, ya sean de orden natural o sobrenatural. Como nombre propio se aplica a la tercera Persona, a la cual, en virtud de su origen, conviene ser la razón próxima de toda donación divina y ser ella misma donada de manera gratuita a la criatura racional. Así, *Don* corresponde exclusivamente al Espíritu Santo, que procede a través de amor, pues el amor es la primera dádiva que concedemos a una persona cada vez que le regalamos algo.

Finalmente, el nombre *Amor*. En su sentido personal, conviene que sólo sea empleado para el Espíritu Santo, porque Él es el término pasivo, es decir, el fruto de la relación entre el Padre y el Hijo.

Hay todavía muchos atributos derivados de los nombres mencionados anteriormente. Fueron expresados en la Tradición, en la Sagrada Escritura o incluso en la liturgia de la Santa Iglesia. Ellos son: Paráclito, Espíritu de Cristo, Espíritu de Verdad, Espíritu del Altísimo, Principio de la creación, Dedo de Dios, Dulce Huésped del alma, Sello, Unión, Fuente viva, Fuego, Caridad, Luz beatísima, Padre de los pobres, Dador de los siete dones y Luz de los corazones.

Alma y corazón de la Iglesia

El divino Paráclito es también alma y corazón del Cuerpo Místico de Cristo, la Santa Iglesia, que tie-

ne por cabeza al propio Señor Jesús (cf. Ef 1, 22-33).

En el cuerpo humano, la cabeza es vivificada por las pulsaciones del corazón, órgano tan oculto como imprescindible. Algo parecido ocurre con la Iglesia: Cristo es su cabeza, al estar por encima de toda criatura; pero el Espíritu Santo, cuya misión es la santificación de los hombres, vivifica y une invisiblemente a la Iglesia, y por eso se le llama su corazón.¹⁰

El cardenal Charles Journet,¹¹ gran conocedor del Concilio Vaticano II, hace una bellísima analogía afirmando que, así como Cristo es, en el tiempo, repercusión de la generación eterna del Verbo en el seno de la Trinidad, así la Iglesia, por su misión corre-

dentora, es en el tiempo el reflejo de la procesión eterna del Espíritu Santo.

¡El Espíritu Santo es Dios!

Los tesoros de doctrinas y explicaciones acerca del divino Espíritu Santo son, no obstante, un regalo que Dios entregó a su Iglesia en medio de grandes luchas y dificultades. Es, por tanto, «forzoso que aun herejías haya, para que se descubran entre vosotros los que son de una virtud probada» (1 Cor 11, 19 Vulg.).

En el siglo III, después de las batallas doctrinales libradas en defensa de la divinidad de Jesucristo, la Santa Iglesia se enfrentó a quienes negaban la del Espíritu Santo, afirmando que éste no era consustancial al Padre y al Hijo.

Muchos santos participaron en esa lucha: Atanasio, Gregorio de Nisa, Gregorio Nacianceno, Basilio el Grande, Ambrosio, Hilario de Poitiers, Cirilo de Jerusalén...

A mediados del siglo IV, dicho error empezó a extenderse cada vez más a través de aquellos a quienes San Atanasio bautizó como *pneumatómacos*, es decir, adversarios del Espíritu, cuyo principal exponente fue Macedonio, patriarca de Constantinopla.¹² Éste admitía la igualdad de sustancia entre el Padre y el Hijo, pero postulaba que el Espíritu Santo, a pesar de ser dispensador especial y supereminente de todas las gracias, superior a los ángeles, era una criatura subordinada al Padre.

En el año 362 la herejía había sido condenada por primera vez por San Atanasio, en el Sínodo de Alejandría. Pese a ello, los macedonios celebraron un sínodo en el que profesaron oficialmente su doctrina y continuaron difundiéndola con pertinacia. La noticia no tardó en llegar a Roma. En un sínodo celebrado en el año 380, el papa San Dámaso la condenó.



«La Santísima Trinidad», de Andrés López - Colección Andrés Blaisten, Ciudad de México

Tras las batallas libradas en defensa de la divinidad de Jesucristo, la Santa Iglesia se enfrentó a quienes negaban la del Espíritu Santo

Sin embargo, el solemne y definitivo anatema de la herejía se produjo un año después. En el 381, San Dámaso y el emperador Teodosio, amigo del sumo pontífice, optaron por convocar un concilio que no sólo resolvería tal problemática, sino que también pusiera en orden otras cuestiones de la Iglesia. Así pues, se llevó a cabo el segundo concilio ecuménico de la historia de la Iglesia, el primero de Constantinopla.¹³

Entonces, se confirmó la fe expresada en el Símbolo de Nicea y se le añadió el fragmento referente a la divinidad del Espíritu Santo: *Et in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem, qui ex Patre procedit* —Y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre.

Poco después, con miras a ratificar la procesión del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo, que era causa de polémicas y discusiones, cada Iglesia local fue añadiendo al Credo, en la parte donde se menciona que el Espíritu Santo procede del Padre, el «filioque», es decir, «y del Hijo». Finalmente, en el II Concilio de Lyon, el 17 de julio de 1274, ese término fue acrecentado oficialmente al Credo.

Esposo de María Santísima

En su símbolo fundamental, la Iglesia reconoce al divino Espíritu Santo como «*Dominum et vivificantem*», Señor y dador de vida. Como recuerda el P. Royo Marín,¹⁴ la dependencia de nuestra vida sobrenatural de la fuer-

za que proviene del Paráclito es un principio fundamental de la religión. Cuántas personas, no obstante, por no preocuparse de adorar y conocer



«La Anunciación», de Bartolomeo Caporali - Galería Nacional de Umbria, Perugia (Italia)

Todos los santos que existieron y existirán hasta el fin del mundo son frutos del celestial desposorio entre María Santísima y el Espíritu Paráclito

adecuadamente a la tercera Persona de la Trinidad, ponen un obstáculo insuperable entre ésta y sus almas. No hay quien desee más entrar en contacto con nosotros que el Espíritu Santo, nuestro Dios, Señor y Santificador; no caigamos en el funesto error —lamentablemente muy común en nuestros días— de considerarlo como un ser inaccesible e incommunicable.

Y recordemos que María Santísima no sólo es Hija de Dios Padre y Madre de Dios Hijo, sino también Esposa del Espíritu Santo. Por eso, en palabras de San Luis Grignon de Montfort,¹⁵ todos los santos que existieron y existirán hasta el fin del mundo son frutos de este celestial desposorio. No dudemos en recurrir a Nuestra Señora para que interceda por nosotros ante el Paráclito. Al obrar así, tendremos la certeza de que Él enviará continuamente sobre nosotros los rayos de su luz, de su gracia.

El mismo santo afirma proféticamente en su *Oración abrasada*: «El Reino especial de Dios Padre duró hasta el diluvio y terminó por un diluvio de agua; el Reino de Jesucristo terminó por un diluvio de sangre; pero vuestro Reino, Espíritu del Padre y del Hijo, continúa actualmente y se terminará por un diluvio de fuego, de amor y de justicia».¹⁶ No nos corresponde más que desear la venida urgente de ese diluvio de fuego, de amor y de justicia, por medio del cual la faz de la tierra será renovada. ✧

¹ Cf. BENEDICTO XVI. *Ángelus*, 11/6/2006.

² Cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA. Sermo LII, n.º 16. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1983, t. X, p. 62.

³ Cf. RICARDO DE SAN VÍCTOR. *La Trinidad*. Salamanca: Sígueme, 2015, pp. 123-125.

⁴ Cf. FERNÁNDEZ, Aurelio. *Teología Dogmática*. Madrid: BAC, 2009, p. 295.

⁵ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, pp. 29-31.

⁶ DH 1330. Del latín: «[En la Trinidad] todo es uno, donde no obsta la oposición de relación».

⁷ Cf. DH 3814.

⁸ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 36-38.

⁹ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *El gran desconocido*. Madrid: BAC, 2004, pp. 27-32.

¹⁰ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., III, q. 8, a. 1, ad 3.

¹¹ Cf. JOURNET, Charles. *Teología de la Iglesia*. 2.ª ed. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1962, p. 89.

¹² Los que siguieron al hereje Macedonio fueron llamados *macedonianos*.

¹³ Cf. LLORCA, Bernardino. *Historia de la Iglesia Católica. Edad Antigua*. 7.ª ed. Madrid: BAC, 1996, t. I, p. 437.

¹⁴ Cf. ROYO MARÍN, op. cit., pp. 10-11.

¹⁵ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. «La oración abrasada». In: *Obras*. Madrid: BAC, 1954, p. 600.

¹⁶ Ídem, ibidem.

¡Una Iglesia de soldados!

«Evangelio» y «combate»; «apóstol» y «soldado»; «cristiano» y «militante»... Tales conceptos pueden, a oídos de mucha gente, sonar antagónicos. Sin embargo, el fuerte vínculo que los une está sellado por un gran sacramento de nuestra fe.

✠ Gabriel Lopes dos Anjos



iLa multitud se quedó atónita! ¡Rudos galileos se hacían entender por todos los extranjeros en su propia lengua (cf. Hch 2, 6-8)! Y quizá eso no fuera lo más admirable de la escena... Estaba claro que una fuerza sobrenatural se había apoderado por completo de las palabras y acciones de aquellos hombres. ¿Acaso, cincuenta días antes, éstos no habían huido vergonzosamente mientras su Maestro era condenado a la crucifixión? El líder de ese grupo, que ahora proclamaba ante el pueblo el nombre de Jesús como Señor y Cristo (cf. Hch 2, 36), ¿no era el mismo que lo había negado tres veces ante la pregunta de una simple criada?

Si antes el pánico los había mantenido confinados, desde aquel día su valentía los impulsaba a enfrentar a los mayores potentados y los tormentos más atroces por la gloria del Resucitado.

Ahora bien, ¿cómo se explica ese súbito cambio en el carácter de los seguidores de Cristo? Los Hechos de los Apóstoles nos narran el grandioso momento en el que ocurrió tal transformación: «De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, po-

sándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo» (2, 24). En adelante ya no podían dejar de predicar a Jesucristo (cf. Hch 4, 20).

¡Había tenido lugar el primero de muchos «Pentecostés» de la historia de la salvación!

El Pentecostés se perpetúa en la Iglesia

¿El primero? ¡Sí! Aunque no verifiquemos hoy las manifestaciones milagrosas ocurridas en el cenáculo, el descenso del Paráclito se perpetúa de modo silencioso, pero continuo, en la Iglesia. De hecho, como enseña Santo Tomás de Aquino,¹ el sacramento de la Confirmación otorga a la persona bautizada el Espíritu Santo para vigorizarla, *tal y como se les dio a los Apóstoles el día de Pentecostés*.

Cuando se hace la unción con el santo crisma en la frente del bautizado, acompañada de la imposición de manos por el ministro, y se pronuncia la fórmula específica —«Recibe por esta señal el Don de Espíritu Santo»²—, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que ya habitaba el alma cristiana por el Bautismo, la colma de la plenitud de sus dones. Por este motivo, la Confirmación bien puede ser llamada «Sacramento de la plenitud de la gracia».³

En efecto, si en el Bautismo adquirimos la vida espiritual en Cristo, por la Confirmación esa vida se vuelve más firme, con vistas a hacernos perfectos cristianos por acción del Espíritu Santificador.

Así como en la vida natural es necesario que los hombres crezcan desde el nacimiento hasta alcanzar la madurez, en la vida sobrenatural la Santa Iglesia nos anima a dejar la infancia espiritual para alcanzar la edad perfecta, configurándonos con el espíritu del Señor a través de ese sacramento.

Tal es la importancia de la Confirmación, muchas veces desconocida incluso por muchos católicos. Por tanto, aunque no es estrictamente necesario para la salvación, «los fieles están obligados a recibir este sacramento en el tiempo oportuno».⁴

Configurarse con Cristo, en orden al apostolado

Además de perfeccionar la gracia del Bautismo, la Confirmación imprime en el alma un carácter indeleble: el sello de soldado de Cristo.

Santo Tomás de Aquino⁵ aclara que esta marca distingue a quienes han alcanzado la madurez espiritual de quienes tan sólo han iniciado el camino. Los confirmados empiezan a poseer el auxilio necesario para sostener los duros



combates propios a su estado, contra el demonio, el mundo y la carne.

En la esfera personal, el cristiano, revestido del Espíritu de Fortaleza, «avanza hacia la más alta santidad con la valentía que triunfa sobre toda resistencia. Sus límites de criatura, sus debilidades personales no se toman en cuenta». ⁶ ¡Dios mismo es su fuerza (cf. Sal 45, 2)!

Ya en el ámbito de la sociedad, la Iglesia espera de los confirmados la disponibilidad de todas sus potencias para el servicio y el triunfo de la Iglesia militante. ⁷ Para ello, la gracia sacramental los sostiene para que nunca teman «las penas, ni los suplicios, ni los peligros de muerte, ni la formidable negación de Cristo por parte de la sociedad moderna. El alma cristiana sigue siendo invencible como la Iglesia ante la creciente apostasía de las naciones». ⁸

Este sacramento los insta a que «de palabra y obra, sean testigos de Cristo y propaguen y defiendan la fe». ⁹ Lejos de constituir un mero proselitismo, profesar la fe cristiana se convierte en un deber «*quasi ex officio*». ¹⁰

Simbolismos del rito sacramental

Tantos tesoros espirituales son distribuidos durante un rito repleto de simbolismo, que pretenden significar maravillosamente la misión de apóstol y militante de la que está investido el carácter del sacramento.

La Confirmación es conferida mediante la unción del crisma en la frente, que se realiza con la imposición de manos y la proclamación de la debida fórmula. El óleo

mezclado con bálsamo perfumado simboliza cómo el católico debe exhalar el buen olor de Cristo en medio de la sociedad. Además, desde tiempos remotos, el aceite ha sido considerado un elemento que confiere fuerza y ánimo.

Como explica Santo Tomás, ¹¹ la unción en forma de cruz marca al fiel como a un soldado con el sello de su general; y por eso debe ser un signo manifiesto, conferido en un lugar del cuerpo que rara vez esté cubierto, para que mostremos, sin ningún respeto humano, nuestra pertenencia al Señor. Por otra parte,

hay dos actitudes que impiden la libre confesión del nombre de Cristo: el temor y la vergüenza. Y si ambas nos traicionan especialmente en esa región del cuerpo, por palidez y rubor, ahí quedamos marcados, para que ni por una ni por otro omitimos la confesión de nuestra fe.

Los padrinos tienen un papel especial en esta batalla. De hecho, según el Doctor Angélico, aquel que es recibido para la lucha necesita un instructor valiente que lo entrene. De manera similar, quien recibe este sacramento es sujetado del hombro por su padrino, quien debe, por así decirlo, ejercitarlo para el combate.

¡Id al mundo entero!

Por lo tanto, la Santa Iglesia incentiva de muchas maneras el recuerdo de nuestra misión de apóstoles y militantes, de la que, desde su fundación, está tan sedienta. Ella misma, como tierna madre, ya nos ha dado los medios. El mismo Espíritu que transformó a los primeros príncipes de la Iglesia viene en nuestra ayuda en este precioso sacramento. «Invade las almas en la medida en que las encuentra dispuestas a recibirlo»; ¹² no se lo impedamos.

Que la Santísima Virgen, su fidelísima Esposa, la cual logró interceder por su primer advenimiento, nos obtenga de Él la perfecta fidelidad al llamamiento divino para predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15). Ya sea en los púlpitos de las iglesias, sea en los ambientes de trabajo y estudio o en las tareas rutinarias del día a día, que lo hagamos siempre como auténticos soldados de Cristo. ✧



En la Confirmación, el Espíritu Santo es dado al fiel tal y como se les dio a los Apóstoles en Pentecostés

Sacramento de la Confirmación - Catedral de Saint-Sauveur, Aix-en-Provence (Francia)

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 72, a. 7.

² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. *Ritual de la Confirmación*. Madrid: Libros Litúrgicos, 2012, p. 43.

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 1, ad 2.

⁴ CIC, can. 890.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 5, ad 1.

⁶ PHILIPON, OP, Marie-Michel. *Os Sacramentos na vida cristã*. Rio de Janeiro: Agir, 1959, p. 74.

⁷ Cf. Ídem, p. 84.

⁸ Ídem, ibidem.

⁹ CIC, can. 879.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., ad 2.

¹¹ Ídem, a. 9-10.

¹² PHILIPON, op. cit., p. 64.

¿Un pecado sin perdón?

El Doctor Angélico esclarece, a la luz de las Escrituras y de la doctrina de los Santos Padres, una cuestión de innegable interés: la blasfemia contra el Espíritu Santo, pecado que el Señor misteriosamente caracterizó como «imperdonable».



✠ João Paulo de Oliveira Bueno

La monumental imagen de Nuestro Señor que preside una de las postales más bellas de Brasil, lejos de tener una finalidad meramente estética, nos remonta a altísimas nociones teológicas. El corazón a la vista, las llagas expuestas y los brazos abiertos justifican el título sumamente apropiado que lleva la estatua: *Cristo Redentor*.

En efecto, el corazón y las llagas simbolizan el amor infinito de un Dios que tomó sobre sí nuestros sufrimientos y por cuyas cicatrices hemos sido curados (cf. Is 53, 45). Los brazos, perpetuamente extendidos hacia el hombre redimido, manifiestan la continua disposición de nuestro Salvador para perdonar y acoger al pecador arrepentido, cualesquiera que sean sus faltas. Además, la imagen se halla en lo alto, a la vista de todos, como representando la universalidad de la Redención, de cuyos frutos todos pueden beneficiarse.

Los Evangelios lo demuestran: Jesús vino al mundo para salvar. No es otra la enseñanza que se saca de parábolas como las del hijo pródigo, de la oveja descarriada y de la dracma perdida (cf. Lc 15), o de pasajes como el de la mujer sorprendida en

adulterio, sobre lo cual el divino Juez no pronunció ningún otro decreto que el de la misericordia: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no pectes más» (Jn 8, 11).

Ante tal evidencia, no podemos sino rebosar de gratitud para con nuestro amantísimo Redentor. Pues ¿qué más podría haber hecho por amor a nosotros? De hecho, la única condición requerida por la justicia divina para que el pecador encuentre misericordia es el sincero arrepentimiento de sus faltas: «Un corazón quebrantado y humillado, Dios no lo desprecia nunca» (cf. Sal 50, 19).

Sin embargo, igualmente frecuentes son los pasajes en los que podemos

vislumbrar la inexorable justicia del Señor y la radicalidad exigida a sus seguidores: «Si tu ojo derecho te induce a pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en la gehena» (Mt 5, 29).

¿Habrá entonces una contradicción en los Evangelios? No. Todas estas nociones son armónicas y constituyen un único todo divinamente arquitectónico, aunque algunos fragmentos puedan causarnos de vez en cuando cierto sobresalto, debido a nuestra parva comprensión acerca de su auténtico significado.

«No tendrá perdón jamás»

En este sentido, los Evangelios sinópticos registran un pasaje misterioso, que parece contradecir otras enseñanzas del divino Maestro.

San Marcos escribe: «Todo se les podrá perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre» (3, 28-29). San Mateo refiere términos similares: «Cualquier pecado o blasfemia serán perdonados a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada.

En su manifestación extrema, la blasfemia es el más grave de los pecados, y entre ellos la blasfemia contra el Espíritu Santo llega a ser la más funesta

Y quien diga una palabra contra el Hijo del hombre será perdonado, pero quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo ni en el otro» (12, 31-32). Finalmente, narra el evangelista San Lucas: «Todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre podrá ser perdonado, pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará» (Lc 12, 10).

Ahora bien, ¿no fue el propio Jesús quien enseñó a Pedro que no hay límites para el perdón (cf. Mt 18, 21-22)? Entonces, ¿cómo puede existir un tipo de pecado que sea, en sí mismo, imperdonable?

El tema es desarrollado brillantemente por Santo Tomás de Aquino, en cuyas obras encontramos una minuciosa explicación aliada a su amplia y clarísima visión teológica, tan característica de este gigante del pensamiento cristiano.

Un tema tratado en varias obras

La blasfemia contra el Espíritu Santo es una temática recurrente en varios escritos del Doctor Angélico: en su *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, en las *Cuestiones disputadas sobre el mal*, en las *Cuestiones de Quodlibet* y en el *Comentario al Corpus Paulinum*. Además, diversos pensamientos de los Padres de la Iglesia y de autores cristianos acerca del asunto son recogidos en su *Catena Aurea*. Finalmente, la célebre *Suma Teológica*, sobre la que pondremos especial atención, alberga la peculiar explicación metódica y esclarecedora que el lector habituado al contacto con esta obra conoce tan bien.¹

Dedicada específicamente a la blasfemia contra el Espíritu Santo, la cuestión 14 de la *Secunda secundae* se inserta en el *Tratado sobre la fe*, y va precedida de consideracio-

nes sobre la blasfemia en general, en la cuestión 13. En ésta, el Aquinate² afirma que la blasfemia en su manifestación extrema, es decir, la infidelidad acompañada de la repulsa de la voluntad que detesta la honra divina, constituye el más grave de los pecados. Partiendo de este supuesto, podemos entonces considerar aquel que, entre los pecados más graves, llega a ser el más funesto.

Para Santo Tomás,³ la blasfemia contra el Espíritu Santo puede ser considerada bajo tres prismas, a un

tiempo diversos y correlatos, que resultan de las opiniones de los Padres de la Iglesia y de otros autores acerca del tema.

Blasfemia, impenitencia y malicia

En primer lugar, se dice que hay pecado contra el Espíritu Santo cuando se profiere literalmente una blasfemia contra Él, ya sea considerando *Espíritu Santo* como nombre propio de la tercera Persona de la Santísima Trinidad, ya sea atribuyéndolo como nombre esencial de toda la Trinidad, de la cual cada Persona es *espíritu* y es *santa*.

Por eso, la Sagrada Escritura distingue la blasfemia contra el Espíritu Santo de la blasfemia contra el Hijo del hombre. Porque Jesús realizaba acciones propias a la humanidad, como alimentarse, por las cuales los judíos lo injuriaron con calumnias, diciendo que se excedía en el comer y en el beber (cf. Mt 11, 19). Dicha ofensa constituía un pecado contra el Hijo del hombre, Jesucristo, respecto de su humanidad santísima. Sin embargo, el Redentor también realizaba acciones propias a su divinidad, como expulsar demonios y resucitar muertos. Y fue porque blasfemaron contra Cristo en cuanto Dios que los escribas pecaron contra el Espíritu Santo, pues le atribuyeron al diablo lo que le pertenece al Creador, cuando afirmaron: «Expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios» (Mc 3, 22).

Sobre esta distinción, el Doctor Angélico⁴ menciona también un ejemplo muy esclarecedor, tomado de San Atanasio. Mientras caminaban hacia la tierra prometida, los hijos de Israel murmuraron repetidamente contra Moisés y Aarón por la falta de pan y de agua, pero el Señor toleró pacientemente esta falta, ya que en ella había excusa de la debilidad



Jesús discute con los escribas, de Adriaen van Nieulandt - Museo Calvet, Aviñón (Francia)

Los escribas pecaron contra el Espíritu Santo al haber blasfemado contra Cristo en cuanto Dios, y no sólo en cuanto hombre

de la carne. No obstante, cuando ese mismo pueblo fabricó un ídolo de metal fundido y le atribuyó beneficios divinos —«Este es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto» (Éx 32, 4)—, Dios los castigó severamente, permitiendo que miles de hombres cayeran muertos en el campamento y amenazándolos con futuros castigos (cf. Éx 32, 34).

En una segunda acepción, esta vez originaria de San Agustín, el pecado contra el Espíritu Santo puede ser entendido como la propia impenitencia final, por la que alguien permanece en su falta hasta la muerte. ¿Y por qué tal pecado llevaría ese nombre? Porque es precisamente por el divino Paráclito, Amor del Padre y del Hijo, por el que la remisión de los pecados es obrada. Así, al rechazar el perdón divino, el pecador rechaza a quien se lo ofrece: Dios mismo.

Santo Tomás presenta también un tercer modo de entender ese gravísimo pecado, pero sin mencionar el nombre de los maestros a quienes se atribuye el desarrollo del asunto.

He aquí la explicación: así como al Padre le es propio el poder y al Hijo, la sabiduría, al Espíritu Santo le es propia la bondad. En consecuencia, se pueden enumerar tres categorías

de pecados, cada una de ellas dirigida especialmente a una Persona de la Santísima Trinidad: los de debilidad, en oposición al poder, contra el Padre; los de la ignorancia, en oposición a la sabiduría, contra el Hijo; y finalmente los de malicia, en oposición a la bondad, contra el Espíritu Santo. Pecar contra la bondad y, por tanto, contra el Paráclito, es pecar por malicia, por libre elección del mal, es decir, escogiéndolo conscientemente sin excusa alguna de debilidad de la carne o ignorancia de la mente.⁵

Un pecado de odio a Dios

Pero la duda sigue siendo: ¿por qué el pecado contra el Espíritu Santo es tenido por irremisible e imperdonable?

Al recusar la misericordia divina, el pecador rechaza a Dios mismo y, de manera especial, rechaza la bondad del Espíritu Paráclito

Para contestar a esta pregunta, analicemos aún esa falta bajo la tercera acepción enunciada por Santo Tomás. Si consideramos que el pecado de malicia se comete por desprecio consciente de los efectos del Espíritu Santo en el alma humana,⁶ llegamos a la grave conclusión de que quien así obra odia a Dios.

Cabe aquí hacer una distinción. El mal del pecado consiste en el alejamiento de Dios, y esto puede ocurrir de dos maneras: de modo relativo, como ocurre en los pecados de lujuria o gula, en los que el hombre desea un placer desordenado que trae consigo la separación del Señor como consecuencia necesaria; y de modo voluntario y directo, como en el caso del odio a Él. Así pues, por la malicia que implica esta falta, el odio contra Dios es por excelencia el pecado contra el Espíritu Santo.⁷

Especies de pecado contra el Espíritu Santo

A su vez, ese pecado se divide en seis especies,⁸ relacionadas con los medios de los que el hombre puede servirse para evitar las faltas o para permanecer en ellas.

Así, lo que primero nos libera del pecado es la realidad del juicio divino, frente a la cual surgen dos errores: la *desesperación*, contrario a la esperanza en la misericordia de Dios, y la *presunción*, que presume alcanzar la gloria sin méritos ni penitencia por las faltas y se opone al temor de la justicia divina, que castiga los pecados.

También pueden apartarnos del pecado los dones de Dios, como el conocimiento de la verdad, contra el cual surge la *impugnación a la verdad*, es decir, la negación de la verdad de fe conocida como tal, con el objetivo de pecar más libremente. Está igualmente el precioso auxilio de la gracia interior, eliminado por la envidia de la gracia fraterna, es decir, la que obra en nuestros hermanos,



Muerte del pecador - Basílica del Señor del Buen Fin, Salvador de Bahía (Brasil)

pecado eminentemente diabólico, que lleva al hombre a entristecerse no sólo por los beneficios espirituales concedidos al prójimo, sino también por el aumento de la gracia de Dios en el mundo.

Finalmente, la consideración del pecado le puede servir al hombre como medio para distanciarse del mal, bien por su vileza y horror, que lo alejan de Dios, bien por la mezquindad de los bienes transitorios que a través de él se alcanzan, lo que debería dificultar la fijación de la voluntad en el pecado. Pero a la consideración de la miseria del pecado y de la repulsa de Dios se opone la *impenitencia* del corazón, entendida como el propósito deliberado de no arrepentirse nunca de las faltas; y contra la meditación de las escasas ventajas del pecado se levanta la *obstinación*, por la que el hombre se aferra firme y ciegamente a sus propias faltas y sus despreciables placeres.

De modo que la pregunta planteada unas líneas más arriba encuentra una respuesta adecuada: la blasfemia contra el Espíritu Santo no se llama «irremisible» por el hecho de que jamás puede ser perdonada, sino porque excluye efectivamente los medios que pueden llevar al hombre a arrepentirse y a pedir perdón, de la misma manera que de una dolencia que priva al enfermo de las condiciones favorables para su recuperación se dice que es incurable.⁹ «El pecado contra el Espíritu Santo obstruye el



El beso de Judas - «Grandes horas de Ana de Bretaña»,
Biblioteca Nacional de Francia, París

*La blasfemia contra el
Espíritu Santo excluye
los medios que llevan al
hombre a arrepentirse
y pedir perdón, y
por eso se dice que
es «irremisible»*

camino de la gracia, motivo por el que, si permanece el pecado contra el Espíritu Santo, no hay capacidad para la gracia por parte del que peca»,¹⁰ afirma el Aquinate.

Vigilancia y confianza

Sírvanos la consideración de ese gravísimo pecado —el peor de todos— para que crezcamos en la vigilancia y en la confianza.

Vigilancia, porque nada grande sucede en un instante. Sucesivas infidelidades, dureza de corazón, desprecio por la práctica de la religión... Todo ello puede, con el tiempo, llevar a cualquier hombre a cometer los pecados más graves.

Y confianza porque, en palabras del Doctor Angélico, el pecado contra el Espíritu Santo «es irremisible por su naturaleza, en cuanto que excluye lo que causa la remisión del pecado. No queda, sin embargo, cerrado del todo el camino del perdón y de la salud a la omnipotencia y misericordia

de Dios, la cual, como por milagro, sana a veces espiritualmente a esos impenitentes».¹¹ Si ni siquiera el peor de los pecados logra ponerle límites a la bondad del Todopoderoso, ¿cómo podemos desconfiar de su amor por nosotros?

Pero tampoco podemos engañarnos pensando que todos los hombres son buenos y alcanzan el perdón de sus propias faltas sin el debido arrepentimiento de sus pecados. Los impenitentes no obtendrán ni el perdón ni la vida eterna. Al contrario, pagarán su iniquidad en llamas eternas, pues nadie se salva si no lo desea. El que quiere permanecer en el pecado no puede aspirar a la gloria futura. ✧

¹ Con respecto al tema, confiérase: SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*. L. II, dist. 43; *Cuestiones disputadas sobre el mal*, q. 2, a. 8, ad 4; *Quodlibet II*, q. 8, a. 1; *Comentario a la Epístola a los romanos*, c. II; *Catena*

Aurea. Evangelio según Mateo, c. XII, vv. 31-32; Evangelio según Marcos, c. III, vv. 23-30; *Suma Teológica*. II-II, q. 14.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 13, a. 3.

³ Cf. Ídem, q. 14, a. 1.

⁴ Cf. Ídem, a. 3.

⁵ Cf. Ídem, I-II, q. 78, a. 1.

⁶ Cf. Ídem, II-II, q. 14, a. 2.

⁷ Cf. Ídem, q. 34, a. 2, ad 1.

⁸ Cf. Ídem, q. 14, a. 2.

⁹ Cf. Ídem, a. 3.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*. L. II, dist. 43, q. 1, a. 4, ad 1.

¹¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 14, a. 3.

Más que auxiliadora: ¡una verdadera amiga!

Mucho se invoca a la Virgen bajo el título de Auxilio de los cristianos. ¿Qué podemos meditar sobre este apoyo puesto por Dios tan a nuestro alcance?

✚ Hna. Mariana de Oliveira, EP



Cuando nos encontramos con la figura de la Virgen bajo la advocación de Auxilio de los cristianos, nuestra primera reacción suele ser de respeto ante su majestad suprema. En efecto, en esta imagen contemplamos a María Santísima ceñida con una corona y con un cetro en la mano, como auténtica reina, llevando en el brazo a su divino Hijo, Rey del universo.

Nuestra Auxiliadora está representada así para evidenciar que la ayuda que Ella dispensa es, sin lugar a duda, poderosa. Ninguna gracia supera su capacidad de intercesión, ya que la Madre de Dios lo obtiene todo de su Hijo, y para Él «nada hay imposible» (Lc 1, 37)...

Sin embargo, el mayor error que cualquiera podría cometer sería el de pensar que, siendo tan indeciblemente elevada, María es inaccesible, como lo son tantos poderosos de este mundo. ¡Ledo engaño!

La Madre por excelencia

María nos engendró para la gracia cuando, en la Anunciación, dio su consentimiento a la Encarnación de nuestro Salvador (cf. Lc 1, 38) y, más tarde, cuando ofreció la vida de su di-

vino Hijo en lo alto del Calvario. Jesús mismo quiso confirmar esta verdad, pues desde su adorable cruz nos la entregó oficialmente en la persona del apóstol San Juan: «Al ver a su madre y junto a Ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego, dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre”» (Jn 19, 26-27).

Con este gesto, el Dios humanado establecía a María como Madre, auxilio y defensa de los «desterrados hijos de Eva». Así, no es descabellado pensar que el Altísimo la creó llena de gracias también con vistas a defender la causa de sus hijos hasta la consumación de los siglos.

Ante tal responsabilidad, la humildísima Sierva del Señor no permaneció inactiva. Ella es nuestra Madre por excelencia, que nunca se deja vencer en solicitud y que beneficia incluso a quienes la ignoran o la odian. De hecho, no faltan ejemplos históricos en este sentido.

Y si María es tan buena Madre hasta con los ingratos y negligentes que la aman poco, y acuden pocas veces a Ella, «¿cuánto más amará a los que la quieren e invocan con frecuencia? “La ven con facilidad los que la aman” (Sab 6, 12). [...] Ella protesta

Santiago Vielo

Imagen de María Auxiliadora -
Casa Lumen Prophetæ, Mairiporã (Brasil)

*Se engañaría quien,
al verla tan
regia y elevada,
la creyera inaccesible
como lo son
tantos poderosos
de este mundo*

“que no puede dejar de amar a quien la ama”».¹

María es nuestra Madre y nuestra verdadera amiga

Se cuenta que, una vez, en una clase de catequesis, ocurrió esta sorprendente escena: el catequista preguntó a los alumnos los nombres de sus mejores amigos y una niña respondió sin dudarle: «¡Mi mejor amiga es mi madre, profesora!».

Y tenía razón. Porque, ¿cómo se define a un amigo? Es aquel que protege y consuela, que acoge y ama, que está del mismo lado en una causa; aquel con quien compartimos tanto las alegrías como las amarguras, y con quien contamos en todas las dificultades, porque nunca nos falta. Y nadie lo hace mejor que nuestra madre, especialmente en los primeros albores de la vida. Ahora bien, si tratamos a la Virgen como Madre nuestra, ¿por qué no considerarla nuestra amiga? Su ayuda en absoluto difiere del de nuestro mejor amigo.

María es la amiga verdadera que, viendo nuestra necesidad, se apresura enseguida a socorrernos, a solucionar la situación, a aliviarnos nuestras preocupaciones, incluso antes de que se lo pidamos. Como bien describe San Luis Grignon de Montfort, «los ama [a sus hijos] no solamente con afecto, sino con eficacia. [...] Espía [...] las ocasiones favorables para hacerles bien, para engrandecerlos y enriquecerlos. Como ve claramente en Dios todos los bienes y los males, la próspera y la adversa fortuna, las bendiciones y las maldiciones de Dios, dispone de lejos las cosas para librar a sus siervos de toda clase de males y colmarlos de toda suerte de bienes».²

Con una amiga tan perfecta no hay nada que temer

Amicus certus in re incerta cernitur —El amigo cierto se distingue en



Las bodas de Caná - Parroquia de San Patricio, Boston (Estados Unidos)

Como en Caná, la «gran piedad que María tiene de nuestras miserias la impulsa a complacerse de nosotros, aun cuando no la supliquemos»

la situación incierta, reza el refrán. Y cuántos momentos inciertos hay en la vida... Sin embargo, para quien tiene a la Virgen por Madre y amiga no hay nada que temer, pues «no puede la benigna Reina conocer la necesidad de alguna alma sin que la socorra».³

En este sentido, es elocuente el episodio de las bodas de Caná: «Faltó el vino, y la madre de Jesús le dice: “No tienen vino”» (Jn 2, 3). El texto no deja lugar a dudas. Nuestra Señora percibió la angustiada situación de los novios y, probablemente, éstos no le pidieron nada. Ella misma se anticipó a ayudar-

los, intercediendo ante su divino Hijo. En otras palabras, Ella no es como el amigo del hombre importuno de la parábola (cf. Lc 11, 58), que sólo le respondió después de mucha insistencia. ¡Al contrario! La «gran piedad que María tiene de nuestras miserias [es la] que la impulsa a complacerse de nosotros y aliviarnos, aun cuando no la supliquemos».⁴

Auxilio infalible para los que confían

La Virgen es una amiga en todo momento, dispuesta a auxiliar en cualquier lugar o situación. Y para la mejor eficacia de su intercesión, no exige otra condición más que la confianza. La mayor alegría de esta buena Madre es ver, en los que se acercan a Ella, una total dependencia.

Un niño, aunque esté con la ropa sucia después de intensos juegos, no dudará en correr a los brazos de su madre cuando se sienta amenazado por un perro rabioso... Así debe ser la perenne actitud del fiel en relación con Nuestra Señora: aun cuando manchado por el pecado —sobre todo si la falta es grave!— debe correr hacia María Santísima, pues Ella tiene las llaves del misericordioso Corazón de Jesús y el remedio cierto para todos nuestros males. Por lo tanto, no tenemos por qué desconfiar de aquella de quien nunca se ha oído decir que abandonara a nadie, por peor que fuera.

Es verdad que hubo, hay y siempre habrá almas que no confían en María. Y aun así Ella va al encuentro de estos pobres infelices con increíble solitud. Misterio de su misericordia... La conducta de la Virgen para con las almas se revela tan inescrutable como los propios designios divinos, pero una cosa es segura: Ella no se resiste a las almas que confían, como una madre no puede resistirse al cariño de un hijo.

La confianza en Nuestra Señora es, por tanto, el fundamento de toda



La Santísima Virgen le señala a San Juan Bosco el lugar donde debería construir la iglesia dedicada a Ella - Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia)

No es raro que la Santísima Virgen permita dificultades a quienes le son más cercanos: así Ella nos hace dar lo mejor de nosotros mismos para Dios

amistad con Ella. Y tenerla como amiga garantiza un auxilio infalible.

Dentro de la amistad, un beneficio superior

Hay que entender, no obstante, otro aspecto muy importante de este vínculo con nuestra Madre Auxiliadora.

Muchas veces parece que la Reina del Cielo hace «oídos sordos» a nuestras oraciones... Sin embargo, es precisamente en este momento cuando necesitamos reconocerla. Si parece que Ella falta, su aparente ausencia constituye su propio auxilio.

Un ejemplo tomado de la vida de San Juan Bosco —gran devoto y ami-

go de María Auxiliadora—, durante la construcción del conocido santuario en su honor, puede facilitar la comprensión de esta verdad.

«Nuestra Señora tenía que ayudarle a Don Bosco en la realización de lo que Ella misma le sugería. Y ayudaba. Al contratista que fue a pedirle un anticipo, Don Bosco le entregó su monedero. «Es todo lo que tengo». Y cayeron cuarenta céntimos. «Pero verás que la Virgen piensa en el asunto y usted tendrá su dinero». Así se hizo, pero a veces con grandes dificultades.

«Tenemos que convenir en que Don Bosco debía poseer extraordinarios dones de persuasión, para que un contratista, necesitado de dinero, aceptara solamente buenas palabras. Y esto, más o menos, de una forma u otra, durante cinco años... Cinco años en los que la vida fue para él, por así decirlo, un tormento continuo, una auténtica carrera por el dinero.

»Su fecunda imaginación siempre inventaba nuevos procesos para obligar que los bolsillos se abrieran. Hacía rifas, enviaba circulares, pedía ayuda al Consejo de la Comuna, cogía su sombrero y se iba a llamar a las puertas de sus grandes bienhechores de Roma y de Florencia. Y, cuando todos los medios humanos resultaban ineficaces,

despertaba en él el taumaturgo pidiendo al Cielo milagros que le permitieran pagar las deudas de la construcción y el alimento de sus muchachos.

»Y un hermoso día, de 1866, se declaraba concluido el santuario. ¡Un día grande! Una verdadera multitud asiste a las ceremonias. [...] El santuario fue consagrado el 9 de junio de 1868. Y, durante veinte años, Don Bosco tuvo la alegría de ver aquella cúpula dominando la “ciudad” de Valdocco, sirviendo de corona a aquella “ciudad” que sus manos habían erigido. Ahora Don Bosco descansa en el templo que construyó en honor de María Auxiliadora... ¡Un merecido descanso!».⁵

Nuestra Señora nunca falla y podría haber facilitado perfectamente los medios económicos a favor de quien trabajaba por Ella, obrando un milagro como otrora en Caná. No obstante, si San Juan Bosco hubiera contado desde el principio con todos los donativos necesarios, ¿habría tenido la misma confianza en la Providencia al finalizar la construcción? Más que una iglesia de piedra, nuestra Madre celestial quería edificar un monumento de confianza en el alma de su amigo.

No es raro que la Santísima Virgen permita dificultades en el camino de aquellos que le son más cercanos. Y esto por una razón muy sencilla: sabiendo de antemano todos los peligros que hay en el trayecto, no duda en obligarnos a tomar atajos que, a nuestros ojos apresurados, parecen desviarnos del objetivo. En realidad, estamos siendo guiados por la ruta más fácil y segura. Basta que nos dejemos llevar por la mano auxiliadora de María.

Una relación que anima a subir

La mayoría de las veces, no obstante, nos gustaría tener una solución inmediata. Nos cuesta convencernos de que en cuestiones de progreso en la vida espiritual es preferible una solución eficaz a una instantánea...

Cuando la cruz surge en el horizonte de la vida, algunos se asom-

bran y hasta se rebelan, pensando que la mano de Dios mismo fue quien la colocó, subestimando que Él nos pone a prueba para mayor beneficio nuestro. Imaginemos que en una ciudad ningún centro educativo, ya sea de primaria, secundaria o superior, exigiera evaluaciones a sus alumnos. ¿Quién se atrevería a dejarse operar por un neurocirujano «formado» según tal método de enseñanza?

Con mucha razón, por tanto, la Providencia nos envía duras pruebas en la vida, para ser dignos del Cielo y... ¡estrechar nuestros vínculos con la Madre de Dios! De hecho, sería casi imposible aprobar los «exámenes de la vida» con la máxima puntuación si no fuera por la endulzante ayuda de Nuestra Señora.

Sin embargo, esta poderosa amiga no admite concesiones a nuestros lados ruines y quiere, en cada oportunidad, que demos lo mejor de nosotros mismos para Dios. Es una relación

que nos impulsa a subir siempre más, como lo describe el Dr. Plinio:

«Hay momentos —¡y cuántos son esos momentos!— en que aparece la flaqueza humana y el hombre hace la siguiente reflexión: sé que debería obrar de esa manera y no hacer otra cosa. Veo el peso que esto representa y necesitaría hacer un sacrificio. Con todo, este sacrificio me duele. Estoy dispuesto a hacerlo poco a poco, pero qué bien me haría si notara que una mirada bondadosa participa de mi dolor y me dice: “Es verdad, tienes que hacer este sacrificio y a mí me duele. Incluso asumo sobre mí una parte de tu sacrificio. No obstante, hijo mío, hay algo que es intransferible y tiene que ser hecho por ti, por tu gloria, por tu bien. Serías robado si te quitaran la posibilidad de sacrificarte. Haz el sacrificio, pero te miro con afecto, con compasión durante este tiempo. ¡Adelante y con valentía!”.

»El hombre, tratado así durante la prueba y en el dolor, recibe una comu-

nicación de la fuerza del otro. Es como una persona sin fuerzas para caminar, pero que se sostiene por los brazos de otro. Su paso es vacilante, camina, pero necesita un apoyo, un brazo amigo que la sostenga. ¿Cómo no decir “muchas gracias”? ¿Cómo no sentirse bien con ese brazo amigo que ayuda? Es evidente. Ese es en gran medida el papel de Nuestra Señora».⁶

La amistad con la Virgen, a nuestro alcance

Finalmente, si es cierto que Nuestra Señora es más madre que reina, en palabras de la santa de Lisieux,⁷ de todo lo dicho podemos concluir también que Ella es tan amiga como Madre de todos los hombres.

«Un amigo fiel es un refugio seguro, y quien lo encuentra ha encontrado un tesoro» (Eclo 6, 14), proclama con razón el Eclesiástico. Así que no perdamos el tiempo, pues el precioso tesoro de la amistad con la Virgen está a nuestro alcance. ✧

El tesoro de la amistad con Nuestra Señora pertenece a quien, ante las duras pruebas de la vida, sabe fortalecer sus vínculos con la Madre de Dios

Mons. João S. Clá Dias ante la imagen de María Auxiliadora - Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)



Thiago Tanura

¹ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Glorias de María*. 4.ª ed. Barcelona: Librería Religiosa, 1865, p. 48.

² SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, n.º 202-

203. Madrid: Asoc. Salvadme Reina de Fátima, p. 136.

³ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, op. cit., p. 104.

⁴ Ídem, ibidem.

⁵ VON MATT, Leonard; BOSCO, Henri. *Dom Bosco*. Por-

to: Edições Salesianas, 1965, p. 159.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «O Santíssimo Sacramento e a misericórdia de Nossa Senhora – II». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año

XVI. N.º 182 (mayo, 2013); pp. 14-15.

⁷ Cf. SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS. «Dernières paroles. Carnet jaune. 21/8/1898». In: *Œuvres*. www.archives.carmelidelisieux.fr.

«¡Salvadme, Reina!»

Una injusta nota en el colegio llevó al pequeño Plinio a tachar su boletín de calificaciones, causándole un gran disgusto a su madre, Dña. Lucilia. Los días previos a que se demostrara la inocencia del niño fueron de mucha angustia, pero también una ocasión para recibir una de las mayores gracias de su vida. ¿No pasa usted también, lector, por situaciones difíciles? El relato del Dr. Plinio puede ayudarle...



✎ Plinio Corrêa de Oliveira

Tenía yo la costumbre de levantarme tarde los domingos, pero ese día me desperté muy temprano, porque tenía poco sueño y no conseguía dormir más. Entonces decidí asistir a misa en la iglesia de los Salesianos —el santuario del Sagrado Corazón de Jesús [en São Paulo]— que estaba muy cerca de mi casa, a tan sólo tres o cuatro manzanas en terreno llano, lo cual no era nada para un niño. [...]

Esperaba encontrar algún sitio libre en medio de la nave central, pero cuando entré me llevé una desilusión, pues vi una escena completamente diferente a lo que solía ser habitual para mí: iban entrando unos niños en fila, cantando y ocupando los bancos. Se trataba de una misa para los alumnos del Colegio Corazón de Jesús. [...]

Tras la entrada de los niños, los fieles ocuparon las naves laterales. La iglesia estaba llena.

Empujado por la corriente, tuve que desplazarme casualmente hacia la nave a la derecha de quien entra, entendiendo que debía seguir la misa de pie, dejando los asientos para las mujeres. [...] Después de todo, encontré un lugarcito vacío en el último o penúltimo banco, bien al fondo.

A los pies de María Auxiliadora

En cierto momento, los niños volvieron a cantar y entró el sacerdote. Comenzaba la misa.

A causa de las columnas, no lograba ver al celebrante, sólo seguía los movimientos de la gente, al levantarse y arrodillarse. Tampoco podía ver la imagen del Sagrado Corazón de Jesús del altar mayor. La única imagen que tenía ante mí era la de la Virgen, en el altar de la nave lateral, que estaba decorado con flores.

Era una hermosa imagen de María Auxiliadora, de mármol enteramente blanco, tan blanca que parecía hecha de nieve. Radiante, con una corona de reina en la cabeza, con el Niño Jesús en el brazo izquierdo y un cetro en la mano derecha. Sujetaba al Niño como una madre que lleva a su hijo, y el cetro como un general que empuña el bastón de mando. El Niño Jesús, también con una corona en la cabeza, estaba sonriendo y parecía contento de haber entregado el cetro a su Madre.

Ella mostraba una leve sonrisa, iluminada, inundada de felicidad, y me daba una idea de cómo sería su situación en el Cielo. Con tanta pureza, bondad, superioridad, grandeza y majestad, pero mirando a los fieles de

una manera tan acogedora, tan noble, tan afable y tan misericordiosa que me dejó encantado.

También me vino a la mente la idea de que el Niño Jesús haría todo lo que Nuestra Señora le pidiera, así como yo hacía todo lo que mi madre quería, pues Ella poseía sobre Él una influencia similar a la que mi madre tenía sobre mí.

Pensé: «Si yo, que soy un trapo, amo tanto a mi madre, tanto y tanto, imagínate Dios, ¡que es infinito! ¿Cómo amaré a su propia Madre? Pero también, ¿cómo será Ella para que Él la haya escogido como Madre? ¡Debe ser formidable!».

Y me dije: «De hecho, ¡qué buena es Ella! Si yo, falsario, me dirigiera al Sagrado Corazón de Jesús, no sería escuchado, porque no merezco ser ayudado, pero ¡Ella es el auxilio de los cristianos! Aquella que esté dispuesta a ayudar especialmente a todos los cristianos. ¡Yo soy cristiano! ¡Voy a rezarle! Quizá pueda solucionarme el embrollo en el que estoy metido».

«¡Salvadme, Reina!»

Entonces, sin saber muy bien qué decirle a la Virgen, vino a mis labios, instintivamente, una oración que ha-

bía aprendido a rezar y que sabía de memoria, pero que nunca me había llamado especialmente la atención: la *Salve Regina*.

En latín, la palabra *salve* es un saludo. Así como hoy decimos «buenos días» o «buenas tardes», los antiguos romanos solían decir *salve*, y este saludo latino pasó en portugués y otros idiomas a la *Salve*, con el significado de «yo os saludo, ¡oh Reina!». Pero yo no lo sabía e interpreté el *salve*, pensando que estaba relacionado con el verbo *salvar*, como en portugués. Entonces yo quería decir «¡salvadme!».

Era un craso error. Estaba empezando a aprender latín, que es lo mismo que decir que me sabía unos pocos rasguños... Pero no pensaba en saludos ni protocolos en el momento en que naufragaba. Era un grito pidiendo auxilio, ¡un S.O.S.!

Y pensé: «¡Salve! ¡Qué buen hallazgo! Es la oración que necesito. Idealmente bien adaptada a mi enorme apuro. Estoy en una circunstancia en la que realmente necesito que alguien me salve. Voy a pedirle a la Virgen insistentemente que me proteja, me ayude y me salve, ¡porque estoy perdido!».

Caí de rodillas ante aquella imagen de María Auxiliadora y comencé a rezar la *Salve*. Era la primera vez que rezaba esta oración con todo el fervor de mi alma y con un enorme deseo de ser escuchado:

—*Salve, salve...* ¡Salvadme, salvadme! ¡Salvadme de ese aprieto, salvadme de esa dificultad! ¡Quiero absolutamente ser salvado!

Una luz y una sonrisa

La misa seguía su curso.

Estaba pensando yo en Nuestra Señora y rezando la *Salve* cuando, en cierto momento, fijándome en aquella imagen, sucedió algo. ¡Era tan maternal! Tuve la singular impresión de que me miraba, llena de bondad, de misericordia y ternura, como si me conociera [...].

Me pareció sentir toda la lástima que la Virgen tenía por mí. Ella veía mi alma y, sin querer juzgarme, comprendía el drama en el que yo estaba inmerso, deseosa de ayudarme y acariciarme.

En ese momento me vinieron dos ideas juntas, como un rayo. La primera era: «¡Se parece a mamá!».

Y la segunda: «¡Mamá es tan, tan buena! Me lo soluciona todo y me acompaña en todas las ocasiones, pero... Nuestra Señora tiene una bondad mayor, ¡sin comparación! Es enormemente más habilidosa, indescriptiblemente más perfecta que mamá. ¡Es inimaginable! ¡No hay nadie como Ella!».

No logro describir cómo fue aquello. No fue ninguna aparición, visión, revelación o éxtasis. Por lo tanto, no hubo el más mínimo milagro, y los rasgos fisonómicos de esa imagen de mármol no se cambiaron en nada. Pero, por una imponderable impresión, vi en su mirada una luz para mí y en sus labios, una sonrisa.

Tuve una especie de conocimiento personal de esa misericordia insondable y pensé: «¡No me esperaba tanto! En lugar de despreciar a este trapo, a este niño que pecó y que comparece ante Ella temblando, Ella deja caer el pétalo de una sonrisa».

Así que, por un movimiento de gracia —sin oír ninguna voz—, me pareció que la imagen continuaba expresándose a través de la mirada

y me decía en el interior de mi alma: «¡Hijo mío, es verdad! Tú, de hecho, eres un trapo y nunca lo olvides en la vida, pero no me habías pedido aún mi apoyo. Soy buena, mucho más que tú eres ruin. Mi misericordia se extiende también a los trapos y tengo pena de ti, porque soy tu Madre. Pídemelo perdón. Créelo, te quiero mucho. Te acerco a mí, te acaricio, te envuelvo, te inundo y te purifico con mi afecto».

Y sentía que si por casualidad yo quisiera huir Ella me tomaría cariñosamente y me diría: «¡Hijo mío, vuela! Aquí estoy».

Ya me había confesado y sabía que estaba absuelto, pero en ese momento fui tocado por la persuasión de que la sonrisa de Nuestra Señora me abría

En ese momento de dificultad, Plinio cayó de rodillas ante la imagen de la Virgen para pedirle que lo salvara de su aprieto



María Auxiliadora - Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, São Paulo. En la página anterior, vista de la nave lateral de la misma iglesia

Lucio César Rodrigues

las vías de la misericordia. De Ella podría esperar todo. Ella taparía lo que yo había hecho y me daría el valor y la fuerza para enmendarme. Profundamente arrepentido, comencé a pedirle perdón a la Virgen, mil veces, no a causa del mal resultado que podría derivarse de mi acción, sino por haberla ofendido y, en mucha menor medida, por haber ofendido a mi madre también.

Tuve simultáneamente una enorme contrición y una sensación de un gran perdón, acompañado de un auxilio suave, bondadoso y alentador. [...]

«Con Ella, saldré adelante»

En la expresión de la Virgen sentí también una especie de promesa, como si Ella me hablara a mi alma: «Hijo mío, hago una alianza contigo: ¡nunca te abandonaré! Confía, porque yo te ayudaré».

Me dije a mí mismo: «He entendido la lección: no merezco recibir fuerzas para seguir mi camino, pero si me aferro a Ella, ¡todo cambiará! ¡Qué dulce y agradable es recurrir a Ella! ¡Qué paraíso para el alma! ¡Ése es mi camino! Confiaré en Nuestra Señora toda mi vida. Con Ella, saldré adelante. Sin Ella, iré al infierno».

Y había algo en la imagen que me infundía la convicción de que, en todas las aflicciones, peligros y hasta infidelidades a lo largo de mi vida, cuando la mirara o me acordara de Ella, pidiéndole su auxilio, Ella tendría pena de mí y me acogería, pues era la llave de todas las soluciones. Acabaría yo ganando la batalla de mi vida, siendo un católico eximio e incluso un héroe. Por lo tanto, la serenidad, la tranquilidad y el frescor de alma que aquella promesa me comunicaba me acompañarían hasta el final de mis días.

Nuestra Señora me hacía ver toda la belleza y suavidad del camino que se abría ante mí, si permaneciera unido a Ella, refugiado a sus pies, viviendo de su afecto, de su cariño, de

su compasión y de su misericordia. Y mi afectividad encontraba en esto el ambiente que le era propio.

Percibí que Ella también quería ser amada enteramente por mí, como si me dijera: «Me doy enteramente a ti, pero tú debes darte enteramente a mí. Camina por las vías de la fidelidad, dile “no” a los hombres de la Revolución, para decirme “sí” a mí, que soy la Reina del Cielo y de la tierra. Lucha y combate, pues un día verás que tus ideales se harán realidad. Ámame toda tu vida y yo te amaré hasta la eternidad».

Entonces, allí mismo hice el propósito de ser muy devoto suyo hasta la



Plinio entre sus compañeros en 1921, año en que tachó el boletín de notas

*Mientras rezaba,
cada una de las
palabras de la «Salve
Regina» llenaba el
corazón del joven
Plinio de una luz
maravillosa*

muerte y de no olvidarme nunca cómo Ella me había socorrido. Y respondí interiormente: «¡Madre, tuyo soy!».

«Soy buena para con todo el mundo»

Sentí que la Virgen tenía una pena especial de mí, por ser yo tan débil. Sin embargo, tenía la clara cognición de que esa compasión no constituía un privilegio hacia mí, sino que era su actitud para con todos los hombres, lo que me dejaba muy conmovido y encantado.

No me tenía yo por una persona a quien Ella hubiera amado especialmente, sino tan sólo *unum ex populo*¹ y pensaba: «Así como Nuestra Señora me atiende ahora, veo que Ella atiende a todos los fieles. Yo sólo soy uno de entre los que están en esta iglesia. También tiene pena de todos los pecadores que llenan las calles, las casas, los tranvías y los automóviles; de cualquiera, por peor que sea, siempre y cuando tenga deseo de enmendarse. No obstante, muchos de ellos la rechazan...».

Y me pareció que Ella estaba insinuando lo siguiente: «¡Si quieres que otros se beneficien de esta bondad, diles que soy buena para con todo el mundo!».

«Madre de misericordia»

Mientras la misa continuaba, yo seguía rezando la Salve, una, dos, no sé cuántas veces, invadido por una enorme alegría, ¡entusiasmadísimo! Cada una de aquellas palabras, que antes había repetido como un loro, adquirían belleza para mí y parecían llenar mi corazón como una luz maravillosa, con la impresión inefable de que la Virgen les daba valor y sentido. Iba entendiendo punto por punto lo que estaba rezando y me decía a mí mismo:

¡Salve, Reina!

«¡Aquí está el salvavidas! Soy tan miserable que si no me aferro a Ella

no habrá salida para mí. Ella resuelve el asunto...».

Madre de misericordia...

«La palabra *madre* ya indica la idea de misericordia, pues las madres son misericordiosas, pero Ella es toda hecha de misericordia. ¡Qué bien pensado está esto! ¡Qué cosa tan formidable, extraordinaria!». [...]

«Vida, dulzura y esperanza nuestra...»

Vida...

Pensaba: «¿Lo ves? ¡Ella es mi vida! Me sentiría destrozado si Ella no tuviera pena de mí y no abogara mi causa ante su Hijo. ¡Quiero vivir con Ella!».

Dulzura...

«¡Qué suave es Ella! Mi dulzura es la Virgen, que me atiende en esta situación. ¿Qué dulzura quedaría en mi vida si no tuviera la posibilidad de rezarle a Ella?».

Esperanza nuestra...

«¡Mi esperanza es Ella y nadie más! Si no cuida de mí estoy perdido y sin solución en la tierra, pero con Ella tengo esperanza».

¡Salve!

«Ya que sois así, ¡salvadme!».

«Al final de mi vida, iveré a Jesús!»

A ti clamamos los desterrados hijos de Eva.

No sabía muy bien qué significaba la palabra *desterrado*, pero entendí que se trataba de una situación muy infeliz y me decía a mí mismo: «¡Ésta es la oración por mi caso! ¡Así es! Estoy desterrado y estoy clamando».

A ti suspiramos, gimiendo y llorando...

«Sólo me falta llorar —pues no soy muy dado al llanto—, pero gimo tanto como puedo. Soy todo un gemido...».

En este valle de lágrimas.



El Dr. Plinio venera una imagen de María Auxiliadora con ocasión de su fiesta, el 24 de mayo de 1991

Aquel día, la Virgen estableció con él una relación de bondad, por la cual el Dr. Plinio nunca perdió la confianza en su misericordia

«¡Es eso mismo! Estoy nadando en mis propias lágrimas. ¡Cuánto llanto interior! ¡Cuánto llanto sin lágrimas, en esta alma que sufre tanto, a una edad tan prematura!».

Ea, pues, abogada nuestra...

«Entiendo: necesitaba a alguien que abogara mi causa ante Nuestro Señor Jesucristo, mi juez. Ella es mi abogada, que tiene una especie de *parti pris*² por mí y permanece a mi lado en cualquier circunstancia. Tiene la misión de conmoverme, de acercarme a Jesús y lograr que Él me perdone. Hay alguien que une mi imperfección

irremediable con su celestial perfección. Entonces, ¡terminaré ganando!

Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos.

«Ella me está mirando desde el Cielo. ¡Todo va a salir bien!».

Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

«Entonces, tras salir de este aprieto, al final de mi vida, ¡aún veré a Jesús!».

Y así sucesivamente, fui rezando toda la Salve, con una emoción interior muy fuerte, teniendo la impresión de que Ella me sonreía aún más.

«Permanecí tranquilo el resto de mi vida»

Este hecho produjo en mi alma un auténtico giro. Sentía que su compasión, incidiendo sobre mi miseria como la luz del sol incidiría sobre una pared, me había regenerado.

Terminó la misa. Salí de la iglesia reconfortado, animado, sintiéndome cambiado y llegando a la siguiente conclusión: «¡Confiaré! Todo se resolverá y mamá “estará bien” conmigo de nuevo, porque Nuestra Señora ha rezado por mí y solucionará mi caso». [...]

A partir de ese día, Ella estableció conmigo una relación de bondad y yo nunca perdí la confianza en Ella. Permanecí tranquilo el resto de mi vida, pues, fuera lo que fuera, una vez que me sentí envuelto por esa misericordia, pude descansar. ✧

Extraído de:

Notas Autobiográficas.

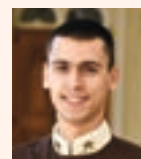
São Paulo: Retornarei, 2012, t. III, pp. 186-207.

¹ Del latín: uno de entre el pueblo.

² Del francés: decisión tomada de antemano a favor de alguien, antes de conocer un hecho determinado.

El Papa que venció al mundo

La Iglesia está asediada por varios lados. Por una parte, el poder político amenaza su libertad. Por otra, el dinero es el único señor de un clero mayoritariamente desviado. El desprecio —si no la persecución— al celibato endurece aún más el cerco. ¿Cuál es la solución? Un santo.



✠ **Ángelo Francisco Neto Martins**

Una escena singular se desarrollaba en la fortaleza de Canossa, al norte de la península itálica. Habían pasado tres días desde que un andrajoso, vestido de sayal penitencial, de pies descalzos sobre la nieve y ayunando desde por la mañana hasta la noche, imploraba a gritos y de rodillas entrar en el interior del castillo. Una circunstancia hacía especialmente dramático el espectáculo: azotaba el invierno más despiadado del siglo. No obstante, el inusual aspecto de la escena resultaba menor a los hechos que a los personajes. El que no permitía la entrada era el Papa, y el mendigo era el soberano del Sacro Imperio Romano Germánico, el mayor monarca de Occidente.

¿Qué vueltas había dado la historia para que llegáramos a tal paroxismo?

La guerra esbozada

Durante esos días, del 26 al 28 de enero de 1077, tuvo lugar una de las batallas de la enorme guerra en donde el papa San Gregorio VII desempeñó el papel de general de la Iglesia. Es cierto que redundó en una rotunda victoria del pontífice, pero sólo en uno de los frentes, ya que la Iglesia estaba rodeada por varios lados.

Por uno de ellos, atacaba el emperador Enrique IV, que se reservaba el derecho de investir a obispos y clérigos en sus cargos. Muchas de las tierras imperiales, que se extendían desde la mitad septentrional de la actual Italia hasta los confines, y un poco más allá, de la Alemania de hoy, pertenecían a episcopados y abadías. Ahora bien, como el señor feudal era quien entregaba a los vasallos sus respectivos dominios, el emperador creía que tam-

bién le incumbía a él ese derecho respecto de los clérigos que tomaban posesión de esas tierras, eligiéndolos. Sin embargo, la elección o confirmación de un obispo sólo puede ser realizada por el sumo pontífice. Se intuye claramente el problema que surgió de esto: el César nombraba a los preladados a su gusto, sin requerir el consentimiento papal. He aquí un primer y gravísimo problema... que no llegaba solo.

Al ser muy rentables las tierras que les correspondían a los clérigos ilícitamente investidos por el emperador, empezó el comercio de estas funciones: proliferaba la simonía, el nefasto sacrilegio ya practicado por Simón el Mago (cf. Hch 8, 18-24), de someter lo sagrado al dinero. Ese segundo mal engendraba un hijo peor que su padre, es decir, un clero enteramente volcado en el lucro, investido en las

funciones eclesiásticas sin la supervisión de Roma: he ahí la ecuación que resulta en la disipación de los que fueron llamados a ser la «luz del mundo» (Mt 5, 14) por su ejemplo. Así pues, los escándalos morales de tales sacerdotes se multiplicaban, especialmente en lo que respecta al celibato que debían guardar. Era éste un tercer lado del asedio contra la santa e inmortal Iglesia.

San Gregorio discernió con claridad toda esa situación. Impertérrito, decidido, audaz, declaró la guerra. Irrumpía el rutilante periodo de la reforma gregoriana.

Pero ¿cómo había surgido este glorioso Papa?

De Hildebrando a Gregorio VII

Penumbroso y envuelto en el misterio como el dilúculo es el amanecer de la vida de ese pontífice. El nacimiento de Hildebrando, así se llamaba, tuvo lugar probablemente entre 1015 y 1023, en la aldea de Sovana, en la Toscana. No sabemos nada, o casi nada, de su infancia y juventud, salvo que provenía de una familia modesta y plebeya y que, siendo todavía joven, se hizo benedictino en la abadía de Santa María en el Aventino, hija de Cluny, en Roma. Allí formó su personalidad y comenzó a perfilar los rasgos de la historia que escribiría. La moldeó con la mentalidad cluniacense, que por entonces esculpía el esplendor de la Edad Media: su papado llevaría una «impronta monacal»¹ y su acción sería la de un religioso ceñido con la tiara.

En la Ciudad Eterna se distinguió hasta el punto de, en 1046, acompa-

ñar al papa Gregorio VI a Alemania. Habiendo regresado, fue hecho cardenal subdiácono y desde entonces se convirtió en consejero y secretario de todos los sucesivos romanos pontífices: León IX, Víctor II, Esteban IX, Nicolás II y Alejandro II. Cuando se produjo la muerte de este último, el 21 de abril de 1073, fue aclamado como digno sucesor de San Pedro aún durante las ceremonias fúnebres de su antecesor.

Descontento con esta elección, le pidió al emperador Enrique IV que la vetara. Si el monarca no quisiera hacerlo, prometía una severa e inexorable guerra contra las investiduras laicas y contra la simonía que promovía. Afortunada e inexplicablemente, el soberano ratificó la elección.

Elevado a la sede apostólica, ordenado presbítero y obispo —porque entonces no era más que diácono—, tomó el nombre del primer Papa al que sirvió, Gregorio. «La reforma, por la cual había trabajado y sufrido tanto, bajo sus predecesores, ahora estaba en sus manos».²

Sus medidas no se hicieron esperar.

Abriendo fuego

En el tercer mes del año siguiente, reunió en Roma un concilio en el que se decidió la excomunión de todos los obispos y clérigos simoníacos o fornicadores. De un solo golpe, San Gregorio VII hizo sangrar los distintos rostros de la conjuración que asaltaba a la Iglesia. Al herir a la simonía y a la clerogamia, también sacudía al emperador.

Éste, instigado por los excomulgados, decidió resolver el asunto sin más



Sailko (CC by-sa 3.0)

Enrique IV ante San Gregorio VII, de Taddeo y Federico Zuccari; abajo, ruinas del castillo de Canossa (Italia)

Después de tres días de penitencia bajo la nieve, el mayor monarca de Occidente imploraba perdón al Papa, en una estruendosa victoria para la Iglesia



ceremonias. Cuando el Siervo de los siervos de Dios oficiaba la fiesta de Navidad en la basílica de Santa María la Mayor, una tropa de asesinos entró en el templo acuchillando a los fieles y arrojándose sobre el pontífice. ¡Lo secuestraron! Con el Papa en manos, la banda sacrílega corrió por las calles de Roma para escapar hacia los Alpes, donde el emperador los recibiría. En vano, pues el rebaño defendió al pastor.

El primer ataque de los infiernos había fracasado. La guerra continuaba...

El 22 de febrero de 1076, Hildebrando celebró otro concilio en la basílica de Letrán. Y Enrique IV jugó la carta del desesperado. Tras el canto del *Veni Creator*, se levantó un emisario imperial: «El rey Enrique, nuestro señor, nos envía para ratificar sus decisiones irrevocables. [...] Te decimos, Gregorio, en virtud de la autoridad real: baja ahora de la sede apostólica, si valoras tu vida. [...] ¡Baja! ¡Baja! Tú que estás maldito por los siglos de los siglos».³

Por una de esas ironías de la historia, fueron ellos quienes por amor a su vida se retiraron, ya que los gritos de hostilidad de todos los que participaban en el concilio los impelían a ello. Entonces, el Papa anunció su intención de anatematizar a Enrique IV y sus cómplices. Los padres conciliares reunidos concordaron con el sucesor de Pedro. ¡El emperador fue excomulgado!

Las victorias

Ahora bien, con este acto, todos los vasallos imperiales quedaban *ipso facto* dispensados de la obediencia que le debían a Enrique. Pero sus súbditos no sólo lo abandonaron, sino que también le exigieron que se reconciliara con la Iglesia antes del 2 de febrero del año siguiente, cuando lo juzgarían por sus múltiples e indescriptibles crímenes, que no consis-



San Gregorio VII -
Catedral de Salerno (Italia)

San Gregorio tuvo por diadema la virginidad perfecta. María fue su confidente más íntima, la más oída de sus consejeras, la Señora de sus actos

tían únicamente en la desobediencia al papado. Si en esa reunión fuera declarado culpable, lo depondrían definitivamente de su cargo.

De la misma manera que «la voz del Señor descuaja los cedros» (Sal 28, 5), así una palabra del Papa doblegó al más grande monarca de Occidente. Se trataba de la misma fuerza moral que ya había pesado sobre otros poderosos:

el normando Roberto Guiscardo, conquistador del sur de Italia y vencedor en el Bósforo, que fue conquistado por el Papa; el rey de Francia, Felipe I, que oyó las reprensiones pontificias; Salomón de Hungría y Svend II, rey de Dinamarca, entre otros, que sintieron el poder de las llaves de Pedro.

Este jaque mate de San Gregorio VII fue lo que llevó al príncipe a postrarse e implorar perdón —y a conseguirlo gracias a la gran misericordia del santo— en Canossa. Pese a ello, sólo en el concilio ecuménico de Letrán, celebrado en 1123 bajo la égida de Calixto II, sería sellada solemnemente la victoria de la Iglesia en los tres frentes que la asolaban.

Ante tales hechos, ojos materialistas podrían ver en San Gregorio al hombre de voluntad acerada, al estadista de amplias miras políticas, al coloso que hizo que Europa se inclinara ante él como no lo hicieron César Augusto, Carlomagno o Napoleón. ¡Qué miope y corto de vista!

Hildebrando, el pobre plebeyo de Sovana, no sería nada si la gracia no lo hubiera transformado en San Gregorio VII.

¿Cuáles fueron entonces las influencias de la vida divina, qué virtudes, qué devociones hicieron de él un hito en la historia universal y una lumbrera en la hagiografía?

Las armas del Papa

San Gregorio VII fue ante todo monje. Y su diadema, por tanto, fue la virginidad perfecta. A pesar de las calumnias —esas sombras con las que la envidia siempre persigue al hombre íntegro— levantadas contra él, nunca una duda invadió a quienes pudieron contemplar su mirada llena de pureza. La «divina María», como él la invocaba, fue la muralla de ésa y otras virtudes, así como su confi-

dente más íntima, la más escuchada de las consejeras, la Señora de todos sus actos. Una prueba más de su santidad, pues no hay santo sin acrisolada devoción a la Madre del Redentor.

¿Cuál fue el efecto de la práctica de la castidad en este varón? «El hombre de manos limpias —exclama Job— redobra su energía» (17, 9). He aquí otra de sus coronas: la valentía de haber enfrentado a toda una época y a una decadencia ya secular del clero; el coraje de desenmascarar el pecado y castigar al pecador. Bien sabía que los pueblos maldecirán y las naciones despreciarán a quien le dice al culpable: «Tú eres inocente» (cf. Prov 24, 24). Lo contrario también es cierto: la historia aclama a San Gregorio entre los mayores hombres que pasaron por la tierra.

Esa firmeza la fortaleció con el «Pan de ángeles» (Sal 77, 25). La divina Eucaristía fue su faro y el arma con la que dispersó a los enemigos de Dios. ¡¿Arma?! Es como lo expresaba: «Las armas [...] más eficaces contra el príncipe de este mundo son la comu-

nión frecuente del cuerpo del Señor y la devoción llena de confianza y de ternura a la Virgen Madre de Dios».⁴

Tal entusiasmo por el sacramento de la presencia real del Señor no podía estar separado del amor al Cuerpo Místico de Jesucristo. «Pocos pontífices han tenido en tan alta estima el sentir de la Iglesia»⁵ como San Gregorio. Por ella enfrentó las dificultades más grandes, emprendió las más arriesgadas aventuras e hizo lo imposible por defenderla. «Siempre he procurado —escribió en su última carta pastoral— que la Iglesia fuera libre, pura y ortodoxa».⁶ *Libre* de la intrusión del Estado en la esfera espiritual, *pura* en sus ministros, *ortodoxa* en su doctrina.

Esta tríada de devociones era el intacto broquel que llevaba en el pecho: el fervor por el Santísimo Sacramento, el amor a la Virgen, el desvelo por la Iglesia y el papado.

¿Derrotado?

A pesar de todo esto, este pontífice fue derrotado. Sí, porque habiendo sido expulsado de Roma por el em-

perador sublevado nuevamente, que se hizo coronar allí por el antipapa Clemente III, entregó su alma a Dios el 25 de mayo de 1085, exclamando: «He amado la justicia y he aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro».⁷ ¡Oh dolor! Ser derrotado después de toda una vida de lucha...

¿Derrotado? Sólo en apariencia, pues el futuro le traería la victoria.⁸

¿Derrotado? No, porque sus últimas palabras son el testamento y la prueba de su conformidad con Dios, ya que amó y odió lo mismo que Él: «El Señor —canta el salmista— ama a los que aborrecen el mal» (Sal 96, 10).

¿Derrotado? No, ya que, en el momento en que se hundió en la muerte, se encendió para la Iglesia y para el mundo una luz que jamás se extinguirá: un ejemplo de heroísmo para todos los hombres y de santidad para todos los católicos. Sobre todo, un modelo para los sumos pontífices que no toleraron doblegarse ante postulados mundanos.

El día de su «derrota», ese 25 de mayo, es el día en que toda la Iglesia celebra su victoria. ✠

*Amó la justicia y
odió la iniquidad:
por su heroísmo ante
las persecuciones,
se encendió en la
Iglesia una luz que
nunca se extinguirá*



Imagen yacente de San Gregorio VII, conteniendo sus restos mortales - Catedral de Salerno (Italia)

¹ ARQUILLIÈRE, Henri-Xavier. *Saint Grégoire VII. Essai sur sa conception du pouvoir pontifical*. Paris: J. Vrin, 1934, p. 21.

² CARUCCI, Arturo. *San Gregorio VII e Salerno*. 2.^a ed. Marigliano: Istituto Anselmi, 1984, p. 41.

³ GOBRY, Iván. *Mathilde de Toscane*. Condé-sur-Noireau: Clovis, 2002, pp. 46; 48.

⁴ SAN GREGORIO VII, apud GOBRY, op. cit., p. 32.

⁵ DANIEL-ROPS, Henri. *A Igreja das catedrais e das cru-*

zadas. São Paulo: Quadrante, 1993, p. 142.

⁶ SAN GREGORIO VII, apud WEISS, Juan Bautista. *História Universal*. Barcelona: La Educación, t. V, p. 357.

⁷ Ídem, ibidem.

⁸ «Gregorio moriría sin lograr la victoria. Pero Urbano II, Pascual II y Calixto II reafirmaron y ejecutaron sus decretos» (DURANT, Will. *A História da Civilização. A Idade da Fé*. Rio de Janeiro: Record, 1950, t. IV, p. 484).

Bondadosa protección en cualquier necesidad

Atendiendo solícitamente a todos los que recurren a ella en sus necesidades, grandes o pequeñas, Dña. Lucilia actúa de manera a formarlos en el camino de la cruz, en la resignación con la voluntad de Dios.



✠ **Elizabete Fátima Talarico Astorino**

Más que un simple auxilio en las dificultades o la solución de algún problema intrincado, la acción maternal de Dña. Lucilia en favor de quienes le piden su socorro es mucho más profunda y eficaz de lo que podría parecer a primera vista.

En efecto, la madre verdaderamente católica no es aquella que enseña a sus hijos a huir del sufrimiento, sino la que les ayuda a amar la cruz en la cual el Salvador quiso morir para redimir al mundo, pues ésta abre el camino recto que nos llevará al Cielo: *Per crucem ad lucem* (por la cruz a la luz), reza el dicho. Y si hoy pudiéramos oír el suave timbre de voz de Dña. Lucilia, ciertamente ése sería su mensaje para nosotros, en medio de las tribulaciones de la vida diaria.

Una ayuda financiera...

Esto se constata cuando leemos el testimonio enviado por Patricia Gamarra, de Paraguay, en el que narra cómo Dña. Lucilia la ayudó en un grave aprieto financiero.

Cuenta ella: «Mi madre y yo estábamos pasando por una situación económica muy difícil. Además de haberme quedado sin trabajo, no me habían pagado un servicio anterior de todo un mes. Así que todas mis cuentas estaban un mes atrasadas.

»Entonces empecé a rezarle a Dña. Lucilia y en eso cayó en mis manos un artículo que narraba el caso de una mujer que también se quedó sin trabajo y que le pidió ayuda y enseguida milagrosamente apareció depositada en su cuenta bancaria la can-

tidad que necesitaba. Esto me llenó de confianza y me dije: “Bueno, pues se lo voy a pedir a ella... No creo que me pase lo mismo, pero sé que me va a ayudar de alguna forma, aunque sea dándome fuerzas para trabajar y oportunidades de trabajo”».

No obstante, Dios quería de Patricia una oración persistente: a cada momento que pasaba, todo iba de mal en peor. Un día, después de hacer una lista exacta —y voluminosa...— de cuánto le faltaba por pagar, exclamó llena de confianza: «Doña Lucilia, auxilio, ¡por favor!».

Al día siguiente recibió una llamada de su hermano, que le dijo: «Mamá me ha contado por lo que estáis pasando. He recibido algo de dinero y te voy a regalar cinco millones de guaraníes».

Patricia se quedó asombrada, ¡pues era exactamente la cantidad que necesitaba para saldar las cuentas atrasadas! E inmediatamente percibió que se trataba de una intervención de Dña. Lucilia, que movió a su hermano a un inusual acto de generosidad: «Le pedí tanto a Dña. Lucilia que me ayudara, y me ayudó».

Las suaves y eficaces intervenciones de Dña. Lucilia en nuestras tribulaciones diarias nos enseñan que la cruz nos abre el camino recto hacia el Cielo

... y una lección de fe

Sin embargo, no se limitó a eso la intercesión de tan bondadosa madre. Patricia, de casi no tener trabajo, comenzó a recibir tantas solicitudes que ahora le faltaba tiempo para atenderlas todas.

Además, necesitaba recibir el importe correspondiente a un mes de trabajo realizado por ella, que no le había sido pagado. Le escribió al deudor varias cartas de cobro, sin obtener respuesta alguna. Durante dos meses le había pedido insistentemente a Dios: «Por favor, Señor, ¡que me paguen! ¡Por favor!». Pero no recibió respuesta ni de lo alto ni del deudor...

Entonces empezó a rezarle a Dña. Lucilia con más empeño, en esa intención. Pero se sintió llevada a hacer un acto de desapego y de confianza: «Señor, lo pongo en tus manos. Que se haga tu voluntad, y yo dejo esto de lado». Sólo en ese momento fue cuando recibió el pago.

Ese acto de abandono a la voluntad de Dios, Patricia lo atribuye a la intervención de su celestial protectora: «Creo que ella, por así decirlo, fue actuando en mi corazón para que yo rezara de esa forma. No sólo me consiguió el dinero que necesitaba, sino que también me dio la gracia de cambiar de actitud, de dejarlo todo en las manos de Dios realmente y confiar muchísimo más. Y estoy muy agradecida».

Así, el auxilio de Dña. Lucilia le dio una valiosa lección de fe a Patricia: cuando nos desapegamos de los bienes materiales y ponemos nuestra confianza únicamente en Dios, el resto viene por añadidura (cf. Lc 12, 31).

«Doña Lucilia, nos gustaría mucho tener una hija»

Si Dña. Lucilia siempre es tan solícita a la hora de auxiliar en las dificultades materiales,

con mucha más razón pondrá empeño en ayudar a sus devotos en situaciones de perplejidad y sufrimiento. Veamos el conmovedor relato enviado por Eriane Dabela Trindade de Carvalho, natural de Parintins (Brasil) y actualmente residente en Ponta Grossa.

«Nuestra devoción a Dña. Lucilia empezó en 2018, cuando, en Ponta Grossa, conocimos a los Heraldos del Evangelio. Profundizamos en la

«No sólo me dio lo que necesitaba, sino también la gracia de cambiar de actitud, de dejarlo todo en las manos de Dios»

historia de sus fundadores y floreció una honda devoción por Dña. Lucilia, a través de la lectura de la obra escrita por Mons. João sobre ella. Nuestro amor crecía cada vez más y comenzamos a recurrir a ella como una segunda naturaleza, en las necesidades más corrientes; nos pusimos bajo su chal, en la certeza de que ella es nuestra portavoz ante la Virgen, y ambas están unidas al Sagrado Corazón de Jesús.

«Teníamos, por entonces, cuatro hijos; y grande era nuestro deseo de tener una niña. Cuando viajamos a São Paulo por primera vez, fuimos a rezar a la tumba de Dña. Lucilia, en el cementerio de la Consolación. Estando allí, me arrodillé y sentí la inspiración de confiarle nuestro anhelo. Así que escribí una notita, en la que hice la siguiente oración: “Doña Lucilia, nos gustaría mucho tener una hija, y para eso recurro a usted. Si nos responde e intercede ante la Virgen, le prometo que la niña se llamará María Lucilia”».

Deseo cumplido en medio de reveses

A sus amados, Dios no sólo les concede lo que piden, sino que lo hace de la manera más conveniente para que alcancen cierto grado de perfección. No era en el éxito indoloro donde Eriane vería cumplido su deseo, sino en medio de reveses, que ella, auxiliada por Dña. Lucilia, superaría con ejemplar firmeza.

«Sucedió que un tiempo después quedé embarazada. Ahora bien, para mi perplejidad, perdí al bebé... ¡Nunca me había pasado! Pero un sacerdote nos orientó, haciéndonos ver la voluntad de Dios y superamos esta fase.

»Al poco volví a quedar embarazada. Al realizar un examen, la médica dio un 98 % de



Patricia Gamarra con una réplica del «Quadrinho» de Dña. Lucilia

posibilidades de que fuera un niño. Acepté la voluntad de Dios, no sería una niña... ¡Que se haga su voluntad!

»Pasado un tiempo, fui a hacerme otro examen y el obstetra que analizaba los resultados me preguntó si ya sabíamos si era niña o niño. Le comentamos la estimación que nos habían dado de que fuera niño. Nos miró y dijo: “Anda, ¡qué va! No es un niño, ¡es una niña!”.

Después de aparentes fracasos y muchas contrariedades, Dña. Lucilia no dejó de atender a Eriane: ¡le consiguió la hija que quería!



Reproducción

Eriane y Aurora de María junto a la tumba de Dña. Lucilia en el cementerio de la Consolación, São Paulo

»¡Fue extraordinario! Una alegría inmensa para nosotros. Para cumplir la promesa hecha a Dña. Lucilia, le pusimos María Lucilia a nuestra primera hija, nacida después de cuatro varones».

Una intervención «luciliana» más: ¡otra niña!

Respondiendo siempre de una manera superabundante a las peticiones que se le hacen, Dña. Lucilia obtuvo aún para Eriane la gracia de ser madre de otra niña. Esta vez, sin embargo, las alegrías de la maternidad se vieron acrisoladas por los sufrimientos resultantes de una enfermedad que le dio la oportunidad de comprobar una vez más la extremosa solicitud de su celestial protectora.

En efecto, este último embarazo fue especialmente complicado debido al diagnóstico de placenta percreta, una peligrosa anomalía que supone un grave riesgo para la vida de la madre y del feto.

Además, Eriane sufrió dos serias hemorragias, la primera de las cuales fue tan fuerte que pensó que había perdido al bebé. En consecuencia, varios médicos le recomendaron que abortara para que salvara su vida. Ella nos cuenta una de esas propuestas: «Tras hacerme una ecografía, el médico me dice: “Mira, tendrás que abortar, sino te morirás”. Le respondí: “Doctor, esa posibilidad de aborto no existe. ¡No existe! ¡Esto es un crimen!”».

Los médicos podían insistir todo lo que quisieran sobre el gran peligro de muerte al que se exponía con su embarazo, pero ella estaba muy decidida a seguir el ejemplo de

Dña. Lucilia, quien, en una situación similar, prefirió salvar la vida de su hijo Plinio, aunque fuera a costa de la suya, y le dio al médico una categórica contestación: «¡Doctor, esa propuesta no se le hace a una madre! ¡Ni siquiera debería haberla pensado! A un hijo mío, ¡no lo mataré jamás! Aunque tenga que morir, no mataré a mi hijo».

Ayuda a llevar la cruz hasta el final

De hecho, Eriane tenía una solución mucho mejor para el problema: su confianza en el auxilio de Dña. Lucilia se afirmaba cada vez más; estaba segura de que esta bondadosa madre cuidaría de ella y de su hija.

De todos modos, el sufrimiento y la incompreensión por parte de algunos médicos acompañaron a Eriane durante los largos meses de gestación, pero en ningún momento le faltó el amparo de Dña. Lucilia para llevar esta pesada cruz.

«En fin —narra ella—, el embarazo continuó, durante el cual casi no me levanté de la cama. Necesitaba permanecer en reposo: no podía hacer esfuerzos, no podía caminar demasiado, tenía que hacerlo todo con cuidado. Y para una madre que tiene otros niños en casa, era bastante complicado. Pero Dña. Lucilia no nos abandonó en ningún momento».

«Confío en Dña. Lucilia, todo saldrá bien»

Un día, estando en São Paulo, Eriane tuvo una hemorragia tan fuerte que tuvo que ser ingresada de urgencia en un hospital de la ciudad paulista de Caieiras. Ante la gravedad de su situación, el equipo médico decidió derivarla al Hospital de las Clínicas, de São Paulo, donde podría recibir un tratamiento más adecuado y seguro. Al llegar allí, un especialista enseguida la advirtió: «Mira, la

probabilidad de que sobrevivas a este parto es muy pequeña; de verdad, muy pequeña».

Después de darle detalladas explicaciones, el mismo médico le sugirió que se quedara ya hospitalizada ese día, es decir, unas doce semanas antes de la fecha prevista para el parto. Ella le respondió: «No, no voy a estar ingresada, pues tengo otros hijos. Voy a quedarme en casa. Confío en la Virgen, confío en Dña. Lucilia, todo saldrá bien».

A pesar de la situación, y probablemente porque Dña. Lucilia estaba allanando el camino, el médico jefe concordó con la decisión de Eriane: «Está bien, entonces puede irse a casa, ¡pero descanse! Y vuelva el 2 de enero, para que pueda dar a luz el día 3. ¡No puede pasar ni un día más! Está usted en riesgo. Por lo tanto, tenga mucho cuidado».

Siempre amparada durante la prueba

Así pues, regresó a su casa, pasó la Navidad y el Año Nuevo con su familia y regresó al hospital el día acordado. «Entonces comenzaron los sufrimientos — continúa el relato—, durante los cuales rezaba mucho, pidiendo el auxilio de Dña. Lucilia. La operación del parto empezó a las siete de la mañana y terminó a las cinco de la tarde; recibí al menos siete bolsas de sangre. Pero sentía muchas gracias, me sentía acompañada todo el tiempo por Dña. Lucilia. Es como si me dijera: “Hija mía, estás pasando por una gran prueba, pero estoy aquí. ¡Estoy aquí!”».

En verdad, la vida de todo cristiano debe ser un continuo asentimiento a la voluntad divina, hacia la plena identificación con Cristo crucificado. Y, en el camino del Calvario, todos los sufrimientos que podamos juntar



Doña Lucilia en marzo de 1968, un mes antes de su muerte

En el momento en que la cruz se nos presente, no dejemos de elevar la mirada al Cielo; desde allí, como esperamos, Dña. Lucilia nos ayudará

a los suyos, son ávidamente recogidos por la Providencia...

Así ocurrió también con Eriane. Después de dos días en la UCI, se estaba recuperando en la enfermería, ante la expectativa de recibir el alta al día siguiente, cuando le diagnosticaron una peligrosa infección. Sigamos con su narración:

«Me llevaron nuevamente a la UCI, para hacerme análisis y comba-

tir la infección. Como empecé a tener convulsiones, los médicos decidieron hacerme una tomografía y descubrieron que tenía una trombosis. ¡Y todo ello en vísperas de recibir el alta!

»Después de más pruebas, los médicos decidieron abrir un acceso en mi cuello para inyectarme un medicamento, pues mi presión estaba bajando demasiado y casi estaba perdiendo el conocimiento. Pero, en medio de todo esto —con el auxilio de la gracia y la asistencia de un sacerdote heraldo—, en ningún momento me desesperé. Veía con una tranquilidad muy “luciliana” el ajetreo de los médicos y la preocupación de mi esposo.

»Sé que me recuperé. En los momentos en que empezaba a preocuparme por mis otros hijos o por mi marido, hacía una breve meditación, imaginándome que estaba bajo el chal de Dña. Lucilia, abrazada y consolada por ella, y todo pasaba.

»Finalmente, salí de la UCI ya recuperada, tomando antibióticos, pero libre del acceso en el cuello y de todo lo demás. Volví a ver a mi pequeña. Después de diecisiete días de hospitalización pude regresar a casa llevándome a Aurora de María conmigo».

* * *

La vida del hombre en la tierra es una lucha, como bien lo definió el sabio Job (cf. Job 7, 1) cuando, en medio de atroces sufrimientos, alzó la mirada a Dios. Nuestro caminar hacia el Cielo, por tanto, estará siempre bañado por el sufrimiento, el dolor y las incertidumbres.

En el momento en que la cruz se nos presente, no dejemos también de elevar la vista al Cielo, donde la bondadosa mirada de Dña. Lucilia, como esperamos, escudriña el horizonte en busca de hijos por quienes interceder. ✧

Fotos: Frank Murphy



Canadá – Como parte de las celebraciones por los cuatrocientos años de la consagración del país a San José, los Heraldos del Evangelio promovieron un concierto el 21 de marzo en honor al glorioso Patriarca. El evento tuvo lugar en la basílica de San Pablo, de Toronto y contó con la presencia de Mons. Robert Kasun, CSB, obispo auxiliar de la archidiócesis.

Fotos: Mauro Hernández



Estados Unidos – La parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Talpa, de Los Ángeles, recibió con fervor a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, durante la misión mariana realizada allí en marzo. Al final de la misa, el párroco y los fieles se consagraron a la Santísima Virgen según el método de San Luis María Grignon de Montfort.

Fotos: Ronny Fisher



México – En marzo, devotos de la Virgen de la Ciudad de México se reunieron en el Club España para otro «Un día con María». Hubo coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, charlas, rezo del rosario y santa misa. Durante toda la jornada, los sacerdotes estuvieron a disposición de los fieles para atender confesiones.

Nuevas consagraciones a la Virgen

Durante el mes de marzo, nuevas tandas de devotos de María Santísima pudieron consagrarse a Ella como esclavos de amor, según el método de San Luis María Grignon de Montfort.

En esta ocasión se trata de fieles de origen hispano, que hicieron el curso impartido por el P. Manuel Rodríguez Sancho, EP, a través de la Plataforma de Formación Católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio, y otras personas residentes en Portugal.

Entre las distintas ceremonias presenciales destacaron las celebradas en Oporto y en Guimarães (Portugal); en Montreal (Canadá); en Miami, Los Ángeles y Garde Grove (Estados Unidos); en Ciudad de México y Puebla (México); en Tocancipá y El Retiro (Colombia); en Quito y Cuenca (Ecuador); en Lima, Callao e Ica (Perú); así como en Guatemala, El Salvador, Costa Rica, República Dominicana, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay y Argentina.



Ciudad de México



Tocancipá (Colombia)



Los Ángeles (Estados Unidos)



Guatemala



Costa Rica



Paraguay



El Retiro (Colombia)



Callao (Perú)



Guimarães (Portugal)



Chile



Cuenca (Ecuador)

Fotos: Ragony Silva



Brasil (Recife) – El 12 de marzo, aniversario de la capital de Pernambuco, el ayuntamiento rindió un solemne homenaje a los Heraldos del Evangelio por el vigésimo tercer aniversario de la aprobación pontificia de la institución, así como por su labor misionera en la ciudad.

Fotos: María Sol / Javier Oyarzábal



Brasil (Mairiporã) – Los vecinos de los alrededores de la iglesia de San Judas y de la capilla de Santa Inés, de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, recibieron en el mes de marzo la visita del oratorio del Inmaculado Corazón de María y las bendiciones de la Iglesia para sus familias y hogares.

Fotos: Alcía de Mérida



Guatemala – El 22 de febrero, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María recorrió las diversas instalaciones del Hospital del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social, de la Ciudad de Guatemala, llevando consuelo y esperanza a los enfermos, médicos y empleados. En cada sector del centro de salud fue rezada una decena del rosario.



Fotos: Eric Salas

España – El 21 de enero, una misa en honor a San Benito fue celebrada en la iglesia parroquial de Santa Teresa de Jesús y San José, de Madrid, al final de la cual hubo una bendición de las medallas del insigne patriarca de Occidente (fotos 1 y 2). Y del 23 al 25 de febrero, los cooperadores de los Heraldos del Evangelio se reunieron en la casa de la institución en Camarenilla, para su VI Congreso Nacional. Los intervalos entre las celebraciones eucarísticas y las charlas estuvieron marcados por una feliz convivencia (fotos 3 a 5).



Fotos: Edwin Rosario

República Dominicana – Fieles de todo el país acudieron a una peregrinación anual más al santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, ubicado en la ciudad de Higüey. Tras el rezo del rosario en la iglesia de San Dioniso, la primera donde se veneró el cuadro de la patrona, los peregrinos se dirigieron a la basílica para la santa misa.



Procesión para pedir la lluvia es copiosamente atendida

Pidiendo el fin de una prolongada sequía, los católicos de Barcelona retomaron la antigua costumbre de realizar una procesión de rogativas con la imagen centenaria del Cristo de la Sangre, tras ochenta años sin hacerlo. La iniciativa, organizada por el Secretariado Diocesano de Cofradías y Hermandades y el Consejo General de Hermandades y Cofradías del arzobispado de Barcelona, reunió a cientos de fieles que, recorriendo las calles del distrito de Ciudad Vieja, recibieron en respuesta del Cielo una copiosa lluvia.

Desde el siglo XVI, los fieles de Cataluña acuden al Cristo de la Sangre en situaciones adversas, como sequías, terremotos y tormentas, obteniendo siempre respuesta a sus oraciones.

Crece el número de adultos que quieren recibir el Bautismo

El número de adultos que piden el Bautismo ha aumentado considerablemente en Francia, un hecho que ha sorprendido a las autoridades eclesiales, como declaró recientemente a la radio RCF el arzobispo de Reims y presidente de la Conferencia Episcopal Francesa, Mons. Éric Marie de Moulins d'Amieu de Beaufort. El prelado también destacó que, en diez años, la edad media de los catecúmenos bajó de 40 a 30 años.

Un fenómeno similar ha ocurrido en otras partes del mundo. En la Vigilia Pascual de este año, alrededor de 1.700 adultos recibieron el sacra-

mento del Bautismo en Malasia, una nación de mayoría musulmana. Y en Sidney (Australia), las ceremonias de Pascua fueron ocasión para el Bautismo de 266 catecúmenos, nacionales o inmigrantes, un aumento del 60% respecto a años anteriores.

Las obras sociales de la Iglesia animan a nuevos contribuyentes

La Conferencia Episcopal Española organizó un singular viaje para quince personas de entre 18 y 61 años, elegidas entre varios candidatos, que este año decidieron no contribuir con la Iglesia, al dejar de marcar la opción que dedica una parte del impuesto de la renta para sus obras.

La gira consistió en visitar varias diócesis españolas, para que los viajeros pudieran evaluar personalmente las obras desarrolladas por la Iglesia y, así, animarse a colaborar con su inmensa labor apostólica y social. Durante cinco días, los escogidos recorrieron más de 1.200 km y visitaron casas de acogida, centros de reinserción social y de ayuda a mujeres víctimas de violencia, además de seguir el trabajo pastoral de algunas parroquias.

Al finalizar el viaje, once de los participantes decidieron contribuir con la Iglesia en su próxima declaración de la renta, y otros dos dijeron que estaban pensando hacerlo.

C.Stadler/Bweg (CC by-sa 4.0)



Monasterio cisterciense repleto de nuevas vocaciones

El monasterio cisterciense de Heiligenkreuz, situado a trece kilómetros de la ciudad austriaca de Baden y que hoy cuenta con casi un centenar de monjes, el mayor número de miembros desde su fundación, es uno de los

más antiguos del mundo y el que más vocaciones nuevas acoge, a pesar de la profunda crisis que afecta a las comunidades religiosas de todo el mundo.

El abad Maxilian Heim explicó a la revista *Omnes* que uno de los grandes medios para atraer a nuevos miembros es la vigilia juvenil que se celebra mensualmente en las dependencias del monasterio, la cual reúne a cerca de 250 jóvenes. Las actividades incluyen cantos gregorianos en latín, charlas, rezo del rosario y adoración eucarística. También hay sacerdotes confesando durante el programa.

Exorcista advierte sobre aumento de posesiones diabólicas

Un sacerdote exorcista de la abadía premonstratense de Averbode (Bélgica), admitió en una reciente entrevista a la cadena de televisión pública VRT que los casos de posesión diabólica y las peticiones de oración de liberación han aumentado considerablemente en los últimos tiempos en el país. El sacerdote relató que realiza un promedio de tres exorcismos por semana, y la falta de tiempo lo obliga a rechazar algunos casos. Como él, los exorcistas de otras parroquias tienen dificultades para responder adecuadamente a todas las solicitudes y ayudar a los fieles a discernir si sus males son o no fruto de una acción demoníaca.

Según un comunicado del teólogo fundador de la Doloran Fathers Society, los casos de obsesión diabólica, opresión e influencia sobrenatural han aumentado drásticamente, en parte debido a la falta de fe, la banalización del pecado en la vida de las personas y la frecuencia con la que muchos asisten a cultos esotéricos. Cada año en Bélgica se llevan a cabo hasta 1.000 exorcismos y en Italia se registran 500.000 casos.

Jóvenes restauran una imagen vandalizada en Madrid

Movidos por su amor a la Santísima Virgen, un grupo de jóvenes de la

parroquia de San Juan Crisóstomo, de Madrid, decidieron recuperar la ermita del Parque de la Virgen Blanca, en el barrio de Moncloa, cuya imagen de la Inmaculada Concepción había sido objeto de varios ataques vandálicos. Con el apoyo del párroco, el P. Fernando Simón, los voluntarios recaudaron fondos para restaurar la imagen de mármol, instalar barandillas e iluminación nocturna en la ermita que la alberga y limpiar el jardín adyacente.

La imagen tiene una larga tradición en la región. Perteneciente a un asilo destruido en un bombardeo durante la guerra civil, fervorosos soldados se la llevaron a las trincheras, donde acabó enterrada bajo los escombros. Años más tarde fue descubierta por unos niños que jugaban en aquella explanada abandonada y puesta en la ahora restaurada ermita.

Crece el interés por la espiritualidad entre los jóvenes

Los resultados de una encuesta organizada por la Universidad de la Santa Cruz, de Roma, junto con el instituto demoscópico español GAD3, revelaron que el interés de los jóvenes por la espiritualidad está en franca ascensión. Publicado en febrero por la universidad romana, el estudio reúne entrevistas hechas en noviembre y diciembre del año pasado a 4.889 jóvenes, de entre 18 y 29 años, en ocho países:

Argentina, Brasil, España, Filipinas, Italia, México, Kenia y Reino Unido.

Uno de los aspectos más destacados de la investigación fue la presencia minoritaria, pero significativa, de católicos «por convicción» en países como España e Italia, que en los últimos tiempos han experimentado un proceso de descristianización. Entre los católicos de estas naciones, el 60 % considera esencial la participación en la misa y la frecuencia de los sacramentos, especialmente la Confesión y la Comunión.

En países como Brasil, Filipinas y Kenia, entre el 82 % y el 92 % de los entrevistados se declararon «creyentes». A nivel mundial, el número de mujeres católicas es mayor, un 52 %; y para el 76 % de los participantes, la Iglesia es una institución que contribuye al bien de la sociedad.



Ochenta mil participantes en el Rosario de los Hombres en Aparecida

Del 23 al 25 de febrero, el movimiento Rosario de los Hombres llevó a cabo la ya tradicional romería de sus miembros al Santuario Nacional

de Aparecida, siendo ésta su decimosexta edición.

Según los organizadores del evento, la peregrinación reunió a más de 80.000 fieles de todo el país a los pies de la patrona, con el fin de honrarla no sólo con el rezo del santo rosario, sino también con la participación en la santa misa, la vigilia de adoración al Santísimo Sacramento y la procesión de antorchas realizada por los alrededores del santuario.

La BAC cumple ochenta años de su fundación

La reconocida editorial Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) celebra sus 80 años de existencia, a lo largo de los cuales ha publicado casi 3.000 obras.

La editorial nació tras los estragos de la guerra civil española, como una iniciativa de dos laicos —Máximo Cuervo Radigales y José María Sánchez de Muniain—, animados por el sacerdote Ángel Herrera Oria, más tarde cardenal, que deseaban ayudar en el resurgimiento de seminarios y conventos de toda España, poniendo a disposición de los futuros sacerdotes obras de sólida doctrina que les auxiliaran en su formación. Con el tiempo, los volúmenes publicados por la BAC se multiplicaron, convirtiéndose en un verdadero punto de referencia en el ámbito académico y cultural para los católicos de todo el mundo.

GAUDIUM PRESS
VERSIÓN EN ESPAÑOL

Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano

Cuando el Espíritu Santo actúa...

Sabemos que el divino Paráclito inspira a las almas a dar un buen consejo. Pero... ¿también hace que lo necesiten y lo busquen?

✠ Ana Karolina Strazdas Ferraz



Las maletas ya casi estaban listas. Fabiola acababa de empaquetar lo necesario para el viaje de su esposo. Y Teresa, hija única del matrimonio, sabía de qué se trataba.

Su padre era el Dr. Timoteo, profesor catedrático de la mejor universidad del país, un hombre muy culto y honrado. Había sido invitado por una facultad de otra ciudad para que impartiera una serie de conferencias sobre las grandes navegaciones emprendidas por los portugueses.

Teresa se enorgullecía muchísimo de su padre y lo amaba de todo su corazón. Quería estar con él y ayudarlo en esa importante tarea. Así que insistía:

—Papá, déjame ir contigo. ¡Por favor!

Tanto lo pidió que el corazón de su padre, y el de su madre, no pudieron resistirse... Pero ¿qué podría hacer una niña para auxiliar a tan experimentado profesor? El padre pensó un poco y tuvo una idea:

—Sabes, Tere —como llamaba a su hija—, estaba pensando publicar un libro con mis estudios acerca de la navegación. Entonces, hagamos lo siguiente: grabarás las conferencias que

daré, para que luego me ayuden a escribir el libro. ¿Podría ser, querida mía?

—¡¡¡Sí!!! —y se echó al cuello de su padre para agradecerle la confianza que depositaba en ella.



Tras un rato de infructuosa búsqueda, Teresa constató que había perdido la grabadora... Su corazoncito se encogía de dolor por disgustar a su amado padre y perjudicar la redacción de su libro

—Pero hija, presta atención: esto requiere mucha responsabilidad y seriedad, ¿lo entiendes?

—Ya lo sé, papá.

A la tarde siguiente, los dos se despidieron de Fabiola y se marcharon.

Las conferencias transcurrieron sin contratiempos y tuvieron mucho éxito. El último día, una larga fila de profesores y estudiantes esperaban para saludar al Dr. Timoteo, darle las gracias e incluso tomarse algunas fotografías con él.

Teresa esperaba de pie, mirando la escena. Pero los minutos pasaban y los saludos no terminaban nunca... Cansada, se sentó y siguió observando el movimiento.

«Bueno —pensó—, voy a comprobar cómo han quedado las grabaciones». Fue a coger el magnetófono del bolsito que llevaba consigo y... ¿Dónde se ha metido? ¡No estaba allí!

«¡No es posible! Lo he sujetado todo el tiempo, ¡no puede ser! Ay, Dios mío, ¿adónde lo habré puesto?».

Buscó en las sillas, en el suelo, en la mesa de mezclas, en el dispensador de agua, en todos los sitios del auditorio. Tras un rato de infructuosa búsqueda, constató que había perdido el aparato...

Se sentía avergonzada por su falta de responsabilidad, y su corazoncito ya se estaba encogiendo de dolor por disgustar a su amado padre y perjudicar la redacción de un libro que ciertamente le daría una fama enorme. Al ser una niña, las lágrimas y los sollozos se volvieron inevitables; se escondió en un rincón y dio rienda suelta a sus sentimientos.

Teresa no se daba cuenta, pero el Espíritu Santo actuaba en ella. De esa amable visita —por increíble que parezca— procedía su aflicción, para que poco después se le concediera el consuelo... ¡y una hermosa lección!

De repente, ve a sus tíos y a su prima Cecilia en la puerta de entrada. La familia, que vivía en esa ciudad, no había podido asistir a las conferencias del Dr. Timoteo, pero no perdieron la oportunidad de al menos ir a felicitarlo.

Cecilia vio a Teresa a lo lejos y fue corriendo a abrazarla. Pero cuando se acercó, se sorprendió al ver la tristonfa fisonomía de su prima.

—Teresa, ¿qué ha pasado? ¿No eres feliz de estar aquí?

—Más o menos... ¡Me acaba de ocurrir lo peor! —hizo silencio unos instantes y se aflió por haber enredado a su pariente tan querida—. Lo siento, no debí presentarme así delante de ti.

Cecilia tenía un corazón noble y, por eso, nunca dejaría de socorrer a su prima. Tampoco se daba cuenta de que el Espíritu Santo actuaba en ella. Recientemente había recibido el sacramento de la Confirmación, y el don del consejo obraba en su interior para ayudarla a intuir rápidamente qué hacer, ya que este don auxilia en casos repentinos, imprevistos y difíciles, que requieren, no obstante, soluciones rápidas.

Tras algunas insistencias, Teresa acabó revelando el motivo de su tristeza.

—La verdad es que... no sé cómo resolverlo. ¡La única solución es rezar! —comentó Cecilia.

Entonces ambas, sentadas una al lado de la otra, cruzaron las manos sobre el pecho, cerraron los ojos y pidieron ayuda de lo alto. El divino Paráclito actuaba de diferente manera en las dos almas: a una le inspiraba que pidiera un consejo, a la otra le concedía el acertado consejo. Sin embargo, las conducía hacia el mismo fin.

De repente, Cecilia abrió los ojos y dijo:

—¿Qué hay en la parte de fuera del auditorio? —la pregunta parecía sin sentido y desconectada de la angustia reinante...

—No lo sé —respondió Teresa.

—Vamos a averiguarlo; hay cosas interesantes en esta facultad. Además, si te quedas pensando en ese problema, seguirás con la fisonomía abatida. Necesitas distraerte.

Ambas empezaron a andar por los pasillos del edificio, pero sin alejarse demasiado de su familia. En determinado momento se escucha:

—¡Buaaa! —Teresa rompió a llorar otra vez.

—¡Venga ya! —se quejó Cecilia—. Tienes que salir de ti misma y olvidarte de eso.

Mientras regañaba puerilmente a su prima, se oye un ruido. Al girarse, vieron a la empleada de limpieza, con recogedor, escoba, friegasuelos, bayetas, cubos y productos, subiendo las escaleras. Como no podía llevarlo todo, se le cayeron varios de estos utensilios.

—Teresa —exclamó Cecilia con decisión—, la mejor manera de superar los problemas es preocuparse por los demás. ¡Ayudémosla!

Cogiendo a su prima del brazo, se dirigieron hacia la mujer. Recogieron todo lo que podían y la acompañaron hasta un almacén para guardar allí el material. Junto a ese lugar, encontraron una caja con un cartel que decía: «Objetos perdidos». A Teresa se le abrieron los ojos y sus esperanzas se reavivaron. La destapó y, para gran consuelo suyo, ¡lo único que allí había era su grabadora! Estaba tan eu-



Ilustraciones: Giuliana D'Amato

A menudo el Consolador se hace oír a través de un buen consejo. Teresa siguió el consejo de su prima y encontró lo que buscaba

fórica que saltaba de contento, abrazando a su prima y a la limpiadora.

Las niñas regresaron rápidamente al auditorio y se encontraron con su familia en la entrada. Teresa se lanzó a los brazos de su padre para narrarle lo sucedido y, sobre todo, para contarle la infalible acción del Espíritu Santo en las almas de quienes, con prontitud, escuchan su voz silenciosa.

Recordemos: la voz del Consolador a menudo se hace oír en nuestro día a día a través de un buen consejo, ya sea de nuestros padres, profesores o incluso de alguien que está a nuestro lado y no imaginamos siquiera que pueda servir de instrumento de Dios para con nosotros. Ante cualquier dificultad, sepamos, con serenidad, confiar en su inspiración, pues Él guiará continuamente el rumbo de nuestras vidas, siempre que le seamos dóciles y flexibles. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San José Obrero.

San Peregrino Laziosi, presbítero (†1345). Después de una juventud rebelde, se unió a los Servitas en Siena. Fundó un monasterio de la orden en Forlì, su ciudad natal. Es patrón de los enfermos de cáncer.

2. San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia (†373 Alejandría, Egipto).

Beato Nicolau Hermanson, obispo (†1391). Severo consigo mismo y compasivo con los pobres, se dedicó por completo a su diócesis de Linköping, Suecia, donde acogió con honores las reliquias de Santa Brígida.

3. Santos Felipe y Santiago, apóstoles.

San Estanislao Soltys, presbítero (†1489). Canónigo regular en Kasimierz, Polonia, fue ministro diligente de la palabra de Dios, experimentado maestro de la vida espiritual y confesor muy solicitado.

4. Santa Antonina, mártir (†s. III/IV). Encarcelada durante dos años y sometida a terribles suplicios, finalmente fue quemada viva al no renegar de la fe.

5. VI Domingo de Pascua.

Beata Catalina Cittadini, virgen (†1857). Fundó la congregación de las Hermanas Ursulinas de Somasca, Italia, dedicada a la educación cristiana de niñas pobres, en especial de las huérfanas.

6. Beato Jacinto Vera Durán, obispo (†1881). Primer obispo de Uruguay, fundó un seminario en Montevideo y fomentó la entrada de numerosas congregaciones religiosas en el país. Murió durante una misión apostólica.

7. Santa Rosa Venerini, virgen (†1728). Nacida en Viterbo, Italia, fundó el instituto religioso de las Maestras Pías.

8. Beata María Catalina de San Agustín, virgen (†1668). Religiosa de la congregación de las Hermanas Hospitalarias de la Misericordia de Quebec, Canadá. Se dedicó al cuidado de los enfermos, dándoles consuelo y esperanza.

9. San Pacomio, abad (†347/348). Tras recibir el hábito monástico de manos del anacoreta Palemón, fundó numerosos cenobios en Tebaida, Egipto. Escribió una célebre regla de vida en común.

10. San Juan de Ávila, presbítero y doctor de la Iglesia (†1569 Montilla, España).

Beata Beatriz de Este, virgen (†1226). De noble familia italiana, restauró un antiguo monasterio en Gemmola, cerca de Padua, fundando allí un cenobio bajo la regla benedictina.

11. San Mayolo, abad (†994). Cuarto superior de la abadía de Cluny, re-

formó muchos monasterios benedictinos en Francia e Italia.

12. Solemnidad de la Ascensión del Señor.

Santos Nereo y Aquiles, mártires (†s. III Roma).

San Pancracio, mártir (†s. IV Roma).

San Modoaldo, obispo (†c. 647). Construyó y enriqueció varias iglesias y monasterios, además de establecer diversas comunidades de vírgenes. Fue sepultado en Tréveris, Alemania, junto a su hermana Severa.

13. Nuestra Señora de Fátima.

Beata Magdalena Albrici, abadesa (†1465). Superiora del monasterio agustino de Brunate, Italia, reavivó en sus hermanas el deseo de la perfección.

14. San Matías, apóstol.

San Miguel Garicoïts, presbítero (†1863). Fundó en Betharram, Francia, la Sociedad de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús.

15. San Isidro, labrador (†c. 1130 Madrid).

San Caleb, monje (†c. 535). Rey etíope que, para desagraviar a los mártires de Nagrán, emprendió el combate contra los enemigos de Cristo. Más tarde envió su diadema real a Jerusalén y abrazó la vida monástica.

16. San Andrés Bobola, presbítero y mártir (†1657). Jesuita polaco asesinado por un grupo de cosacos en Pinsk, actual Bielorrusia, tras haber sufrido indescriptibles torturas.

17. San Pascual Bailón, religioso (†1592 Villareal, España).

San Pedro Liu Wenyan, mártir (†1834). Catequista estrangulado en Guiyang, China, a causa de su fe en Cristo.



Beato Jacinto Vera Durán

18. San Juan I, papa y mártir (†526 Ravena, Italia).

Beata Blandina Merten, virgen (†1918). Religiosa de la Orden de Santa Úrsula, en Mergentheim, Alemania.

19. Solemnidad de Pentecostés.

Beata Humiliana de Cerchi, viuda (†1246). Tras la muerte de su marido, se hizo terciaria franciscana, dedicándose ejemplarmente a la vida de oración, penitencia y caridad.

20. Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia.

San Bernardino de Siena, presbítero (†1444 L'Aquila, Italia).

Beato Luís Talamoni, presbítero (†1926). Fundó en Monza, Italia, la congregación de las Hermanas de la Misericordia, dedicada especialmente al cuidado de los enfermos.

21. San Cristóbal Magallanes, presbítero, y compañeros, mártires

(†1927 México).

San Teobaldo, obispo (†1001). Gobernó durante cuarenta y cuatro años la diócesis de Vienne, Francia, incentivando al clero y al pueblo a tener una conducta conforme al Evangelio.

22. Santa Joaquina Vedruna, religiosa

(†1854 Barcelona, España).

Santa Rita de Casia, religiosa (†c. 1457 Casia, Italia).

Santo Domingo Ngon, mártir (†1862). Padre de familia decapitado durante la persecución en Vietnam, al no renegar de la fe.

23. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

San Honorato de Subiaco, abad (†s. VI). Fue el superior del monasterio donde anteriormente había vivido San Benito.



Beata Blandina Merten

24. María Auxiliadora.

San Vicente de Lérins, presbítero (†c. 450). Religioso del monasterio de Lérins, Francia, ilustre por su doctrina y santidad de vida.

25. San Beda el Venerable, presbítero y doctor de la Iglesia

(†735 Jarrow, Inglaterra).

San Gregorio VII, papa (†1085 Salerno, Italia).

Santa María Magdalena de Pazzi, virgen (†1607 Florencia, Italia).

San Genadio, abad y obispo (†c. 925). Superior del monasterio de San Pedro de Montes, España, fue elegido obispo de Astorga, pero las añoranzas del claustro le hicieron renunciar a su dignidad episcopal y volver a la vida monacal.

26. Solemnidad de la Santísima Trinidad.

San Felipe Neri, presbítero (†1595 Roma).

Santa Mariana de Jesús Paredes, virgen (†1645). Joven laica de la Tercera Orden de

San Francisco, de Quito, Ecuador, vivió como religiosa en su propia casa. Durante el terremoto y la epidemia de 1645 se ofreció como víctima por la ciudad, muriendo en aquella ocasión. Es conocida como la «Azucena de Quito».

27. San Agustín de Canterbury, obispo

(†604/605 Canterbury, Inglaterra).

San Julio de Silistra, mártir (†c. 302). Veterano del ejército romano decapitado en Silistra, actual Bulgaria, por negarse a sacrificar a los ídolos.

28. Santa Ubaldesca, virgen

(†1206). A los quince años ingresó en la Orden de San Juan de Jerusalén, dedicándose durante cincuenta y cinco años al servicio de enfermos y necesitados.

29. Santa Úrsula Ledóchowska, virgen

(†1939). Miembro de una de las principales familias de la nobleza polaca, fundó el instituto de las Hermanas Ursulinas del Corazón de Jesús Agonizante y recorrió incansablemente en misión Polonia, Rusia y Escandinavia.

30. San Fernando III, rey

(†1252 Sevilla, España).

San José Marelló, obispo (†1895). Prelado de Acqui, en el Piamonte, Italia, y fundador de la congregación de los Oblatos de San José.

31. Visitación de la Virgen María.

Beato Mariano de Roccasale, religioso (†1866). Fraile franciscano, durante más de cuarenta años fue portero del convento de Bellegra, Italia, donde nunca perdía la oportunidad de hacer el bien a las almas.

Madre mía, ¡hazme volar!

El mismo Dios que sopló para darle vida al muñeco de Adán y para infundir el Espíritu Santo en los Apóstoles desea enviarte nuevos vientos de la gracia, a fin de que vuelas en los cielos del mundo sobrenatural.



✠ **Hna. María Cecilia Lins Brandão Veas, EP**

«**P**regunta a las bestias y te instruirán; a las aves del cielo, y te informarán» (Job 12, 7). Si un pájaro pudiera hablar, cómo nos gustaría preguntarle: «Dinos, ¿qué se ve en las vastedades celestiales? ¿Cómo es afrontar los vientos, las tormentas, la inestabilidad del clima y de la atmósfera? ¿Qué encantos, peligros y hazañas hacen tu existencia en el aire?». Cuántas lecciones de sabiduría podríamos sacar... Pues bien, lo que las aves no pueden transmitir, el hombre se arriesga a interpretarlo.

Existe un pájaro que curiosamente parece hecho para indicar el valor de la vida sobrenatural infundida en nosotros por el Bautismo: el vencejo común. Su principal característica no es el animado aleteo de las golondrinas, sino tener el cielo como hábitat permanente. Posee la rara capacidad de volar hasta diez meses consecutivos, sin tomarse un solo descanso. Su metabolismo le permite soportar largos recorridos a alta velocidad; incluso recupera las fuerzas durmiendo en el aire. Goza de un agudo instinto para «interpretar» los vientos, aprovechándolos para planear.

Sin embargo, esta ave tiene una carencia: sus patas son cortas y están desprovistas de garras, de modo que si se posara en un terreno llano no conseguiría impulsarse de nuevo para

volar; esperaría a que un viento fuerte la elevara, de lo contrario moriría donde aterrizó... ¿Será esto un defecto? No. Dios la concibió para las alturas, como el pez fue hecho para nadar.

Ahora bien, nos admira que una simple criatura se mantenga en el cielo durante casi un año. Pero si ese pájaro pudiera pensar, osaría preguntarnos: «Decidme cómo es ser un hombre, habitante de la tierra, llamado a vivir en el Cielo. Decidme, ¿cómo os volvisteis celestiales por el Bautismo, partícipes de la naturaleza misma de Dios? Contadme las maravillas de la gracia; describidme los magníficos y grandiosos panoramas, que me están prohibidos, del mundo sobrenatural».

Oh, qué vergüenza del que pensara: «Alturas de la gracia, ¡qué me importan! Hace tiempo que aterricé en el muérdago del placer y del pecado».

«Volar»... se ríen los pecadores empedernidos. «Volar»... anhelan las almas arrepentidas. Lloran sus males, codician las alturas que ya no pueden alcanzar por sí solas. Y aquí se detiene la hipotética voz del pájaro para hablarnos a cada uno de nosotros el ángel de la guarda:

Cuando te veas agobiado bajo el peso de tus propias miserias, postrado en tierra por tus faltas; cuando, por desgracia, hayas perdido la gracia por el pecado, no mires el abismo

que pende bajo tus pies. Al contrario, mira hacia lo alto, hacia ese Cielo que te pertenecía, que en realidad es tuyo, y que por un momento te ha sido robado. La nostalgia te invadirá y de tu alma brotará la más hermosa súplica a María: «Madre mía, compadécete de mí, ¡hazme volar!».

Las suaves brisas de la compunción anuncian la proximidad de una resurrección. Y el mismo Dios que le sopló al muñeco de Adán, infundiéndole vida, el mismo Dios hecho hombre que sopló sobre los Apóstoles, comunicándoles el divino Espíritu Santo (cf. Jn 20, 22), te espera en el confesionario para enviar sobre tu alma los nuevos vientos de la gracia, para hacerte volar otra vez en los elevados cielos del mundo sobrenatural.

Cuando te des cuenta, estarás no ya entre nubes, sino envuelto en los brazos de la Santísima Virgen, que rogó y lloró por ti, perdonándote con extrema compasión.

Ella poblará los siglos futuros de innumerables almas que, aunque pequeñas y débiles, a su voz recibirán nuevo aliento y vigor. Es la nueva era que comenzará, en la cual María será efectivamente Reina y a justo título Madre, porque a través de su poder impetrador obtendrá de Dios, a favor de una humanidad que yace en tinieblas, mil resurrecciones a la vida de la gracia. ✧

Bengt Nyman (CC by-sa 2.0)/ agulivano(CC by 4.0)/ Антон Петров (CC by-sa 4.0)



Eva Kostroma (CC by-sa 4.0)



naturalist19358 (CC by 4.0)

Vencejo común negro (*Apus apus*) en el aire y en tierra

Fernando III el Santo -
Iglesia de Santa Engracia,
Zaragoza (España)

Santo, rey y héroe

Rey y arquetipo del batallador incansable, San Fernando de Castilla fue un extraordinario ejemplo del hombre fuerte y héroe, completado por antítesis armónicas: alma más vigorosa que el cuerpo, ímpetu mayor que la musculatura, ideal aún mayor que el ímpetu; y una total abnegación de sí, en aras de este ideal.

Piadoso, puro, fuerte, majestuoso, montado en su corcel, de lanza en ristre contra el adversario, es el símbolo del caballero de la luz.

Plinio Corrêa de Oliveira